

Miguel León-Portilla

La California mexicana
Ensayos acerca de su historia

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

X

EL INGENIOSO DON FRANCISCO DE ORTEGA
SUS VIAJES Y NOTICIAS CALIFORNIANAS, 1632-1636*

La historia de las Californias es manantial de sorpresas. Anticipo fue la leyenda acerca de la fabulosa gran isla llamada California. En un libro de caballerías, las sagas o *sergas de Esplandián*, se hizo el rescate de las mujeres, la abundancia de perlas y el oro.¹ Ya en la realidad misma de la tierra californiana florecieron también las creencias de sus indígenas y las fantasías de los que a ella marchaban para hacer descubrimientos. Tal vez lo mejor de su pasado prehispánico, muy poco investigado, es el arte mágico de las pinturas rupestres, vestigio plástico de los habitantes nativos. Habían entrado éstos como en una bolsa por la larga península y así, en aislamiento, mantuvieron en ella precarias formas de cultura.²

Luego vinieron las expediciones que hacia allá dirigió Hernán Cortés y otras muchas, todas fallidas, durante un siglo y medio.³ A la postre la conquista fue epopeya, pero no triunfo de armas sino inverosímil esfuerzo de jesuitas de más de diez países diferentes.⁴ Después de su expulsión hubo otros religiosos; en el norte, con Junípero Serra los franciscanos

*Publicado en: *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, vol. III, pp. 83-128.

¹ Edward Everett Hale señaló por primera en 1862 el antecedente literario y fabuloso del nombre de California, el hoy muy citado pasaje de *Las sergas de Esplandián*, de Garcí Ordóñez de Montalvo, en que se habla de la mítica ínsula así llamada. Cómo fructificó el mito en el ánimo de los conquistadores, con fino sentido crítico y literario lo ha expuesto Clementina Díaz y de Ovando en "Baja California en el mito", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1952, vol. II, núm. 1, pp. 23-45.

² Un apuntamiento a lo mucho que hay por investigar sobre la serie de interesantes peculiaridades de las culturas aborígenes de la península, lo ofrece Paul Kirchhoff en "Las tribus de la Baja California y el libro del padre Baegert", introducción a la primera edición en español de Juan Jacobo Baegert, *op. cit.*, pp. XIII-XLIII.

³ Sobre esto véase: Miguel León-Portilla, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1985.

⁴ Abundante es la documentación y la bibliografía sobre los jesuitas en California, desde las obras de Venegas-Burriel, Baegert y Clavigero hasta el presente. Un excelente trabajo de conjunto es el de Peter Masten Dunne, S.J., *Black Robes in Lower California*, University of California, Berkeley y Los Ángeles 1952 (y reimpresión en 1968). De paso digamos de dónde provenían los jesuitas misioneros en la península: México, Honduras, España, Alemania, Alsacia, Bohemia, Croacia, Austria, Escocia, Italia central, Venecia y Sicilia.

realizaron obra extraordinaria, sólo comparable con la de los jesuitas en el sur.⁵

Medio siglo más tarde los “manifiestos destinos” atizaron la codicia extranjera que quiso apropiarse de estas tierras. La California Alta o Nueva pasó a ser norteamericana. La península, una y otra vez, se salvó para México. Con menos de cincuenta mil habitantes en 1900, poco a poco comenzó a poblarse con mexicanos.⁶ Su lenta pero real transformación en los tiempos presentes anuncia un futuro que debe ser mejor cada día.

De las muchas sorpresas que encierra esta historia vamos a fijarnos en una, la de un personaje poco conocido, casi siempre mencionado a la ligera cuando se habla del siglo XVII californiano. Me refiero al “capitán y cabo”, don Francisco de Ortega y a sus tres expediciones entre 1632 y 1636. Relativamente abundante es la documentación que acerca de él se conserva. Ella nos permitirá valorar su actuación y mostrar por qué parece haberse hecho acreedor al calificativo de “ingenioso” que aquí le adjudicamos. Mas antes de ocuparnos de él y de su empresa, recordaré brevemente los antecedentes que aclaran cuál era la situación en que se encontraba por esos años el ya viejo asunto de la demarcación y conquista de California.

ANTECEDENTES

Entrado ya el siglo XVII California continuaba siendo fantasía y penumbra. Desde 1532 había despachado Hernán Cortés sus primeras expediciones de exploración. Más de un año había permanecido él mismo, a partir de mayo de 1535, en la que originalmente bautizó como “Tierra de Santa Cruz”. Sus afanes por conquistar la Mar del Sur y por establecer allí una colonia, lejos estuvieron de ser un éxito. La pobreza de la tierra descubierta no le hizo sin embargo perder el interés. El capitán Francisco de Ulloa, último enviado suyo hacia 1539, sería el primero en recorrer las costas interiores del golfo y también las del Pacífico hasta la altura de la isla de Cedros. Ulloa se perdió y no se supo más de él, pero de la relación que trajo uno de sus barcos se infería, por vez primera en mayo de 1540, que esa tierra de las perlas no era isla sino península. Otro tanto pudo colegirse del testimonio de Francisco de Alarcón, despachado muy

⁵ También es en extremo rica la documentación y bibliografía sobre esta etapa. Hay una muy buena visión de conjunto en la obra de Zephyrin Engelhardt O.F.M., *The Missions and Missionaries of California*, 4 vols., Santa Bárbara, 1929.

⁶ Gracias a un intenso proceso de migración interna la población total de la península había ascendido en 1960 a 602 mil habitantes con un ingreso per cápita bastante superior al de la gran mayoría de los habitantes de otros estados mexicanos.

poco después por el virrey Mendoza. Había llegado Alarcón hasta el extremo norte del golfo y había remontado allí las aguas del Colorado. Así lo hizo constar, de regreso a México, a fines del mismo año de 1540.⁷

Y sin embargo las noticias de Ulloa y de Alarcón, y más tarde las de la expedición de Juan Rodríguez de Cabrillo por las costas del Pacífico, hasta arriba del que se bautizó como cabo Mendocino (1542-1543), no alcanzaron a disipar las dudas sobre la geografía californiana ni menos aún hicieron posible alguna forma de colonización. California, ambicionada como puerta hacia el lejano Oriente y camino de entrada al supuesto “estrecho de Anián”, seguiría en la oscuridad por largo tiempo. A paradoja suena en cambio que para entonces las lejanas Filipinas hubieran sido ya conquistadas y colonizadas, y precisamente partiendo de la Nueva España. El “tornaviaje” desde el Oriente, descubierto por fray Andrés de Urdaneta, había permitido establecer un intercambio permanente con el Asia. A lo largo del último tercio del XVI, desde las naos de Manila, incontables marinos en su viaje de retorno podían contemplar las siluetas de las tierras californianas que en fin de cuentas, no dejaban de ser un misterio.⁸ Tal fue el caso, entre otros, del capitán Francisco Gali en 1584 y de Pedro de Unamuno que llegó a tocar sin mayor provecho las costas de California en 1587 viniendo asimismo del Oriente.

Sólo el rumor y la realidad de los piratas llevarían al virreinato a emprender nuevas exploraciones en California. En 1579 Drake se había presentado por el norte, quizás por el puerto de San Francisco, y había bautizado esas tierras con el nombre de Nueva Albión. Cavendish en 1587 se había apoderado de un galeón, el “Santa Ana”, a su paso por el extremo

⁷ Las relaciones de los viajes de Ulloa y de Alarcón, las primeras que se conocen acerca de California, fueron incluidas en la obra de Giovanni Battista Ramusio, *op. cit.*, 338v a 354r y 363r a 370v. De estas relaciones no se ha encontrado hasta el presente la redacción original en castellano por lo que hay que acudir a la versión italiana de la colección de Ramusio. Existe sin embargo otra relación, suscrita por el propio don Francisco de Ulloa en la isla de Cedros, enviada por éste a la Nueva España con el barco que regresó, y que es distinta de la que trajo el capitán Preciado, o sea la que incluyó en italiano Ramusio. La relación firmada por Ulloa fue localizada en el Archivo de Indias y publicada en 1916 en *Relaciones históricas de América, op. cit.* Debe mencionarse aquí un trabajo de Henry R. Wagner, en el que éste se esfuerza por mostrar que, contra lo que se ha creído, Francisco de Ulloa regresó al fin a las costas de Jalisco y aun participó posteriormente en varios hechos relacionados con la vida de Hernán Cortés. Véase: “Francisco de Ulloa returned”, *California Historical Society Quarterly*, San Francisco, 1940, vol. XIX, pp. 241-243.

⁸ Desde 1565, año en que se consumó el “tornaviaje”, tanto Rodrigo de Espinosa en su *Diario* como Alonso de Arellano en su *Relación*, describieron su paso frente a las costas californianas. Hablando de lo que vieron al llegar a la punta de la península, escribe Espinosa: “de la tierra alta va una punta de tierra baja de dos leguas hacia el sureste, que es donde se remata la dicha tierra de California y sobre la punta hace un pan redondo que parece isla y es todo tierra firme, y en la parte de la tierra hace otro mogote a manera de pan de azúcar[...]” Citado por Mariano Cuevas en *Monje y marino. La vida y los tiempos de fray Andrés de Urdaneta*, México, Editorial Galatea, 1943, p. 270.

sur de la península. Resultaba en consecuencia imperioso garantizar la posesión de California, establecer posibles defensas y localizar algún puerto donde pudieran tocar los galeones de Filipinas. Sabido era que en California abundaban los placeres de perlas. Se decía también que había oro y otras muchas riquezas y, desde luego, al menos los frailes no olvidaban a los numerosos gentiles que allí vivían y que debían ser evangelizados.

Por todo ello el virrey don Luis de Velasco había encomendado en 1595 al navegante portugués Sebastián Rodríguez Cermeño demarcar, hasta donde le fuera posible, las costas californianas del Pacífico a bordo del San Agustín que debía regresar de las Filipinas. Ningún éxito alcanzó este encargo ya que, perdido el navío en una tormenta, no se tuvieron más noticias que las que trajeron de su desgracia los supervivientes que milagrosamente llegaron en una lancha a Acapulco. Un año más tarde, ya bajo el gobierno del conde de Monterrey, tuvo lugar una mejor planeada expedición. Al frente de ésta salió el experto navegante Sebastián Vizcaíno. Fue entonces cuando recibió su actual nombre la bahía de La Paz, “porque en ella —dice Vizcaíno—, nos salieron a recibir muchos indios, dándonos lo que tenían[...]”. La exploración continuó por el golfo hasta el grado veintisiete. Meses más tarde, tras una serie de percances, Vizcaíno emprendió el regreso. Pocas fueron las consecuencias positivas de este nuevo viaje.⁹

En 1602 salió por segunda vez Vizcaíno para demarcar ahora las costas occidentales de California. Era propósito no ya sólo del virrey sino también de la corona —expresamente lo mandó Felipe III— reconocer los puertos, sondear golfos y bahías, todo con la máxima precisión posible. Con este fin se habían embarcado el cosmógrafo mayor Jerónimo Martín Palacios y otros distinguidos personajes como el carmelita fray Antonio de la Ascensión que habría de introducir la idea de que California era una isla. Los antiguos testimonios de Ulloa y Alarcón que habían llegado a las bocas del Río Colorado, parecían del todo olvidados.¹⁰

Gracias a la *Relación* de Vizcaíno, al derrotero que consignó el cosmógrafo y a lo que asimismo escribió el mencionado carmelita, pueden valorarse los frutos de esta salida. Vizcaíno subió en ella hasta los cuarenta y dos grados de latitud norte. Entre otras cosas descubrió, y bau-

⁹ Como ya lo hemos señalado anteriormente, la relación del primer viaje de Sebastián Vizcaíno se conserva original en el Archivo de Indias *Audiencia de Guadalajara*, 133, y ha sido publicada como apéndice en la obra de Álvaro del Portillo y Díez de Sollano, pp. 293-299.

¹⁰ En vez de citar una larga lista de mapas y cartas en que la península californiana se representa como isla, nos referimos a una obra en la que se incluyen cien de estas representaciones de la falsa imagen geográfica de California: R.V. Tooley, *California as an Island, a Geographical Misconception, Illustrated by 100 examples from 1625 to 1770*, Londres, The Map's Collectors' Circle, 1964.

tizó en honor del virrey, el puerto de Monterrey. Mas tarde, el famoso Enrico Martínez recibiría, con base en los datos que se le habían proporcionado, el encargo de trazar a escala, y como buen cosmógrafo que era, las cartas o “demostraciones” de las bahías, puertos y lugares principales de las costas visitadas.¹¹

Mas contra lo que pudiera pensarse, esta información tan cuidadosamente recogida, tampoco tuvo consecuencia en el terreno de la práctica. En fin de cuentas no se había descubierto el supuesto paso o estrecho del norte. Otros muchos asuntos reclamaban entonces con urgencia la atención y los recursos de la corona y del mismo virreinato. Así, la tantas veces propuesta y ensayada colonización de California, una vez más, se postponía.

Vizcaíno insistirá, ofreciéndose para nuevas expediciones. No alcanzará sin embargo respuesta favorable. La corona, comprometida en guerras extranjeras y con un erario empobrecido, había decidido no gastar más en esta empresa. Otra suerte de intereses particulares, pero también crematísticos, se harán presentes en California. Los permisos, “asientos” y concesiones se logran bajo el pretexto de intentar por cuenta propia descubrimientos y colonizaciones.

En realidad la pesca de las perlas es el móvil verdadero de las expediciones durante más de medio siglo. Para encontrar motivos diferentes hay que aguardar hasta fines del XVII, cuando los jesuitas inician, con recursos que ellos mismos allegan, la pacífica conquista de estas tierras. Al bien conocido padre Eusebio Francisco Kino se deberá, entre otras cosas, el redescubrimiento de la verdadera imagen geográfica de la California peninsular. Pero antes de que se transformara en milagro la antigua quimera de colonizar el huracán país, la historia californiana del XVII registra todavía más de una sorpresa.

En la serie de marinos, negociantes y aventureros que por esos años se asoman a la península, hay figuras a veces pintorescas y casi siempre interesantes. Así, si a Vizcaíno se negó el permiso de volverse a embarcar, se concedió en cambio a un rico personaje español, don Tomás de Cardona, que emprendiera a su cuenta y riesgo nuevas exploraciones y estableciera asimismo, con derechos exclusivos, cuantas pesquerías de perlas le fuera posible. Cardona invirtió una fortuna en su proyecto. Comenzó por enviar seis barcos desde Cádiz con gente e implementos para las deseadas pesquerías. Ya en México, Nicolás de Cardona, su sobrino, que quedó al

¹¹ De la segunda relación de Sebastián Vizcaíno existen varias ediciones. La más conocida es la que se incluye como apéndice en el volumen III de la obra de Miguel Venegas S.J., ya citada. Dicha relación ha sido también publicada con algunas notas por el capitán de corbeta Luis Cebreiro Blanco en *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1944, vol. IV, pp. 39-68.

frente de la empresa, equipó en Acapulco tres navíos y pudo hacerse a la vela rumbo a California en marzo de 1615. Al llegar al sur de la península, como si nadie antes hubiera estado allí, Cardona se dio el lujo de tomar una vez más posesión de la tierra en nombre del soberano español. En busca de los mejores sitios para sus pesquerías subió por el golfo y, según lo asienta en sus escritos, casi llegó a persuadirse de que en el extremo norte, las costas se juntaban, por lo que aquella tierra bien podía ser una península. La venida del invierno y la escasez de alimentos y de agua, lo obligaron al fin a posponer su propósito de establecer en ese mismo viaje las pesquerías. A su regreso, Cardona perdió uno de sus barcos que cayó en manos de piratas holandeses. Ni por el lado de la dudosa información obtenida ni menos aún por el del lucro, era mucho lo que había alcanzado.¹²

Juan de Iturbe, uno de los marinos que acompañaron antes a Cardona, repitió un año después, en 1616, el viaje con derrotero muy semejante y con resultados igualmente inciertos. Esta vez los piratas pichilingues se hicieron dueños de otra de sus naves. Huelga decir que Cardona e Iturbe habían traído consigo algunas perlas, entre ellas unas pocas que verdaderamente llamaron la atención. Sin embargo, los peligros de la navegación, la ocasional hostilidad de los indígenas, la ausencia de tierras cultivables, de agua y de otros medios de subsistencia, seguían siendo obstáculo casi insuperable para fundar un establecimiento definitivo. Los riesgos y los elevados costos de un proyecto semejante difícilmente podrían compensarse. Esto pesaba mucho en tratándose de empresas meramente lucrativas como eran las pretendidas pesquerías.

Frente a esta ininterrumpida cadena de fracasos cuesta trabajo creer que todavía hubiera quienes, aventureros o no, mantuvieran la vista fija en California. Y sin embargo los siguió habiendo y no pocos. Pensaba cada uno que podría superar dificultades y lograr las perlas y el oro. En este contexto, y perteneciendo a este tipo de hombres, se nos presenta la figura del ingenioso don Francisco de Ortega.

Para estudiar lo que de su vida podemos conocer, en particular lo referente a sus expediciones californianas, disponemos de varias relaciones y documentos, algunos de ellos que se conservan originales en el Archivo de Indias y otros de los cuales existen copias en el tomo XIX de la *Colección Navarrete* del Museo Naval de Madrid. Los títulos de estos es-

¹² Lo tocante a la compañía que organizó Nicolás de Cardona para establecer pesquerías en California es tratado con cierta amplitud por el ya mencionado Álvaro del Portillo y Díez de Sollano en su obra citada, pp. 214-240. Incluye asimismo dicho autor en los apéndices a su obra varios documentos relativos a la misma, algunos de ellos ya publicados antes en la *Colección de documentos inéditos relativos a la conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía*, Madrid, 1864-1884.

critos son los siguientes: “Relación de Esteban Carbonel sobre el viaje de Juan de Iturbe y sobre el que él mismo hizo con Francisco de Ortega en 1632”; “Parecer del licenciado Diego de Nava que fue con Francisco de Ortega, 1632”; “Asiento y capitulación de Francisco de Ortega, 1632”; “Primera demarcación de las Californias”, “Francisco de Ortega, 1632”; “Descripción de los comederos de perlas descubiertos por el anterior, de 1631 a 1636” y “Relaciones de los tres viajes de Francisco de Ortega, de 1631 a 1636”.¹³

Sobre la base de esta documentación, veamos ya quién fue don Francisco de Ortega y en qué forma se movió para penetrar tres veces consecutivas en los mares y tierras de California, con resultados dignos de alguna consideración.

FRANCISCO DE ORTEGA EN NUEVA GALICIA

Lacónica pero interesante presentación de don Francisco hallamos en el acta que se levantó en presencia del juez del presidio de Acaponeta, en la Nueva Galicia, el 21 de febrero de 1632, poco antes de que el navegante iniciara su primer viaje californiano. Pasando revista a la gente que iba a partir, consigna el escribano: “Primeramente el capitán y cabo Francisco de Ortega, natural de la villa de Cedillo y vecino de la ciudad de México; con su arcabuz, peto acerado y adarga, espada y daga.”¹⁴ Castellano era por consiguiente y del antiguo reino de Toledo, el entusiasta explorador. Del testimonio asimismo se desprende que había residido ya durante algún tiempo en la Nueva España, puesto que se afirma era vecino de la ciudad de México.

Nacido muy probablemente a fines del siglo XVI, es también verosímil que en edad moza se hubiera trasladado al Nuevo Mundo en compañía de otros coterráneos suyos de la villa de Cedillo, ahora compañeros en la misma pretensión de descubridores. Tal era el caso de Hernando de Ortega

¹³ Una parte de estos documentos ha sido publicada en dos colecciones distintas: *Documentos para la historia de México*, editados por don Manuel Orozco y Berra, segunda serie, México, 1855, vol. III, pp. 435-471 y en *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1944, vol. IV, pp. 69-110, que en adelante se citará bajo las siglas CDYR.

Por otra parte no existe, que sepamos, una monografía acerca de las expediciones de Ortega. Tan sólo hay breves alusiones a las mismas en las principales obras que tratan de la historia de California, a partir de la del padre Miguel Venegas. El citado Álvaro del Portillo se ocupa un poco más pormenorizadamente de este asunto, no sin incurrir en varias inexactitudes, en *op. cit.*, pp. 235-237 y 240-242.

¹⁴ “Acta levantada por el escribano de guerra Jerónimo Martínez de Lerma en la visita hecha a la fragata *Madre Luisa de la Ascensión* surta en el puerto de San Pedro”, incluida en la CDYR, vol. IV, p. 76.

que dijo ser primo y que apareció como alférez nombrado, “con su bandera y todo género de armas”, y de Jerónimo Díaz del Lamo que venía como simple soldado.

No conocemos cuáles hayan sido las anteriores actividades de Francisco de Ortega en la ciudad de México o fuera de ella. La primera noticia cierta que sobre él tenemos nos la da el capitán Esteban Carbonel que, como piloto, lo acompañó en su primera expedición y que después habría de verse envuelto en complicado proceso, al que posteriormente aludiré. Escribe Carbonel en su informe que, hacia el año de 1627, un yerno de Sebastián Vizcaíno, el contador Melchor de Lezama:

habiendo pretendido hacer este viaje[...] alcanzó licencia de Su Excelencia (el virrey) para ir a fabricar una fragata en el valle de Banderas, o puerto de Salagua o de la Navidad o en otra parte en aquella costa, que más cómoda fuese para la dicha fábrica, animado con las relaciones que trujo el capitán Juan de Iturbe, hacedor y admirador del capitán Tomás de Cardona.¹⁵

Melchor de Lezama revivía así el viejo interés de su suegro que, hasta poco antes de morir, había insistido en que se le permitiera volver una vez más a California. No obstante lo negativo de los más recientes viajes de Cardona e Iturbe, pesaban más en su ánimo las propaladas maravillas, entre ellas muy especialmente las perlas. El virrey, marqués de Cerralvo, le había autorizado al fin a hacer una fragata. Acompañado de oficiales, carpinteros y marinos, se fue por el rumbo de Colima hasta llegar poco más al norte de la desembocadura del río Grande de Santiago, todo en tierras de la Nueva Galicia, para fabricar allí su embarcación. Entre la gente que llevaba, como lo repite Carbonel, estaba precisamente Francisco de Ortega que venía a trabajar como “carpintero de ribera”, o sea experto en la construcción de navíos.

En tanto que allí se daba principio a la hechura del buque de Lezama, recibía la audiencia en México una real cédula de Felipe IV, de agosto de 1628, relativa al asunto de las exploraciones en California. Manifestaba el monarca que se habían seguido recibiendo solicitudes para hacer nuevas expediciones, entre ellas una del capitán Pedro Bastán. Consultado el Consejo de Indias, que conocía la cadena de fracasos que habían sido los viajes anteriores, propone se suspenda cualquier otro intento hasta que a punto fijo se sepa si podrá derivarse o no algún fruto de nuevas empresas. Para alcanzar una respuesta en este asunto ordena la real cédula se obtenga el parecer de personas calificadas, concedoras de la materia, citando

¹⁵ “Relación de Esteban Carbonel”, publicada en *Documentos para la historia de México*, segunda serie, vol. III, p. 437. (Esta colección se citará en adelante bajo la sigla DHM).

expresamente al carmelita que había acompañado a Vizcaíno, el padre fray Antonio de la Ascensión. Y concluye la real misiva ordenando que, una vez obtenidos esos dictámenes, “me aviséis muy particularmente en la forma y manera que se podrá hacer el dicho descubrimiento, en caso que convenga ponello en ejecución, para que, visto en el dicho mi Consejo, se tome la resolución que más parezca convenir”.¹⁶

La noticia de esta real cédula debió de llegar a oídos de Melchor de Lezama que más que nunca se acordó de los impedimentos que se opusieron a su suegro hasta estropearle en definitiva su deseo. El hecho es que Lezama comenzó a desanimarse ya que ahora tendría que esperar la formulación de los dictámenes y la seguramente muy dilatada resolución final del Consejo de Indias. A la vista estaban por otra parte las dificultades a que debía hacer frente la construcción de su fragata que, a punto fijo, no sabía si podría llegar a utilizar. El mismo Carbonel nos pinta cuál fue entonces la reacción de Lezama y los motivos que alegó para abandonar la empresa: “trató de comenzar a hacer una fragata, la cual no tuvo efecto por ser la tierra incómoda y haber gran cantidad de mosquitos de día y de noche, y otras incomodidades, por cuya causa y otras que le obligaron, se volvió, dejando desamparada la gente que llev[...].”¹⁷

En estas circunstancias, Francisco de Ortega, al tiempo que Lezama partía, optó por quedarse. Había concebido la hipótesis de encontrar alguna forma de hacer realidad por sí mismo la expedición a California. Contaba al menos, según lo sabemos por el memorial de Carbonel, con la simpatía y el apoyo del licenciado Diego de la Nava, presbítero de la diócesis de Guadalajara, y también del obispo de ésta que era entonces don Leonel de Cervantes.¹⁸ Aunque las perspectivas de alcanzar la deseada autorización eran muy escasas en vista de la nueva real cédula, pudo persuadir a algunos de sus acompañantes a no abandonar la fábrica del navío. Pensaba que, cuando lo tuvieran listo y, valiéndose de alguna recomendación del obispo, encontrarían el modo de embarcarse.

El dicho capitán Francisco de Ortega, prosigue Carbonel, se animó viéndose solo, a hacer una fragata, en la cual fábrica tardó, por estar pobre, cuatro años en acabarla, y habiéndola acabado, vino a esta ciudad el año pasado de 1631, y dio un memorial al excelentísimo señor marqués de Cerralvo, en el cual decía tenía hecha y acabada una fragata de buen porte, pretendiendo licencia para ir al descubrimiento y demarcación de dichas Californias.¹⁹

¹⁶ “Real cédula del 2 de agosto de 1628, dirigida al presidente y oidores de la audiencia de la ciudad de México,” CDYR, vol. IV, p. 74.

¹⁷ “Memorial de Esteban Carbonel”, DHM, vol. III, p. 441.

¹⁸ DHM, vol. III, p. 449.

¹⁹ *Ibid.*, p. 441.

Las palabras de Carbonel que, andando el tiempo llegaría a enemistarse con Ortega, no dan ciertamente idea de la forma como presentó éste su memorial al virrey. Menos aún deja ver la sagacidad de Ortega, la casi hiriente frase que añade el mismo Carbonel como para precisar los propósitos del viaje: “que, con ingenios y buzos que tenía, pescaría gran cantidad de perlas”.²⁰

Si nos fiamos en cambio en lo que el propio marqués de Cerralvo consigna, al tiempo de dar su autorización, veremos que los sutiles manejos de Ortega en este asunto lo hacen ya acreedor al epíteto de ingenioso. Sabía Ortega que el virrey había obtenido los pareceres que la corona le había pedido. Favorable había sido el de fray Antonio de la Ascensión que ponderaba las ventajas de colonizar las Californias y la necesidad de convertir a los paganos que en ellas vivían. Tenía igualmente noticias de las dificultades que había señalado el también consultado cosmógrafo Enrico Martínez. Había además otros pareceres como el del capitán Juan López de Vicuña. Las diferencias de opiniones tenían perplejo al virrey, que, en fin de cuentas, seguía meditando sobre lo que debía responder a la cuestión que planteaba la real cédula de agosto de 1628.

Ortega presentó su memorial, aconsejado probablemente por el padre Nava y aun quizá por el propio obispo de Guadalajara, que incluso llegó a ofrecerle la participación de su amigo clérigo en la empresa por medio de un nombramiento que lo constituiría en “cura y vicario” de la expedición. En su escrito al virrey, Ortega no formula propiamente una solicitud de licencia para embarcarse sino más bien una propuesta que iba a ser muy del agrado del gobernante. Paladinamente le hace saber que tiene lista una fragata con la cual podrá recabar datos de primera mano que ayudarán al marqués de Cerralvo a elaborar, con más conocimiento de causa, la respuesta que debe dar a Su Majestad sobre los pros y contras de intentar de nuevo la colonización de las Californias. Tal manera de argumentar convenció al virrey, que aceptó el ofrecimiento de Ortega, el cual iría en calidad de enviado, casi como consultor, cuyo parecer sería escuchado al tiempo de su regreso. Las palabras mismas del marqués de Cerralvo arrojan suficiente luz sobre el asunto:

Y agora Francisco de Ortega me ha hecho relación que ha venido a su noticia que tengo la real cédula inserta, y para informar a Su Majestad de la conveniencia que pueda haber en el descubrimiento de las Californias, y la que se seguirá de dar licencias para poblarlas. Y para que yo lo pueda hacer con más certeza, se halla con una fragata que ha fabricado, nombrada la *Madre Luisa de la Ascensión*, de setenta toneladas, a propósito para hacer este viaje; que está al presente surta en el puerto de Matanchel, jurisdicción de

²⁰ *Ibid.*

Acaponeta, costa del Mar del Sur, la cual tiene prevenida con piloto, gente de mar, matalotaje, armas y municiones sin que le falte nada, fabricado con mucho trabajo y gasto de más de doce mil pesos por todo ello, y que desea servir a su costa y mención en este descubrimiento, esperando en su grandeza el premio de su trabajo, según el efecto que resultare de su viaje y de la razón que trujere de los parajes y derroteros que descubriese en aquellas costas, pidiéndome mandase dar licencia para ello, nombrándole por capitán y cabo de dicha fragata y gente que fuere en ella embarcada[...] Y por mí visto, y la respuesta que dio el doctor don Juan González Peñafiel, fiscal de Su Majestad en esta real audiencia, a quien mandé dar vista de ello, atento que el ofrecimiento que hace el dicho Francisco de Ortega en su costa y sin gasto ninguno de la real hacienda y que de concederle la licencia que pide para hacer este viaje, podrá resultar mayor luz e inteligencia de la materia, para poder informar con más noticia de ella a Su Majestad, como lo ordena y manda por la dicha real cédula; por la presente doy licencia[...]”²¹

Y así el astuto personaje, que pronto pasó de “carpintero de ribera” a capitán, bien agenciada ya su empresa, hubo de trasladarse de inmediato, primeramente a Guadalajara y enseguida al puerto donde le aguardaban su gente y su fragata. El 27 de febrero de 1632, en la boca misma del río de San Pedro, muy pocas leguas al norte de la desembocadura del Grande de Santiago, jurisdicción de Sentíspac, en lo que hoy es estado de Nayarit, a punto estaba Ortega para hacerse a la vela con rumbo a California.

EL PRIMERO DE LOS VIAJES: 27 DE FEBRERO - 3 DE JULIO DE 1632

Lo que a otros se había negado en virtud de la real cédula, lo había alcanzado Ortega gracias a su ingeniosa manera de proposición y oferta. Oficialmente partía, como se decía en la licencia del virrey, para

hacer viaje vía recta a las dichas Californias, descubrir y reconocer los puertos y ensenadas de aquellas islas y costas, observando los rumbos, derroteros y alturas de la navegación[...] sondeando los puertos fondeables que hubiere y haciendo itinerario particular y descripción, en la forma y con la distinción y claridad que se acostumbra en los nuevos descubrimientos, procurando con particularidad enterarse de qué naturales habitan aquella tierra, sus costumbres y modo de vivir, sin hacerles ofensa ni mal trato, antes toda la caricia y agasajo posible[...]”²²

Y como también mucho interesaba al virrey el asunto de las perlas y de los metales preciosos, en las recomendaciones incluyó esta otra que

²¹ “Licencia concedida por el marqués de Cerralvo, virrey de la Nueva España, de fecha 22 de noviembre de 1631”, CDYR, vol. IV, pp. 74-75.

²² CDYR, vol. IV, p. 75.

por superflua debió tenerla el propio Ortega: la de informarse “si tienen algunas riquezas, plata, oro u perlas, y si hay pesquería dellas, como por diversas relaciones se ha entendido, y en qué partes, autenticándolo todo con fe y testimonios autorizados de escribano”.²³

Acompañado don Francisco por el padre Nava que, como ya se ha dicho, venía en calidad de cura y vicario de la expedición, y del capitán Esteban Carbonel, piloto en la misma, y reunida la gente de mar y los soldados, de buen grado se aprestó para satisfacer el último trámite antes de su ya inminente partida. Era éste el de la inspección de la fragata y revista de cuantos en ella se embarcaban. La diligencia la llevaría a cabo el alguacil mayor del presidio de Acaponeta, acompañado del imprescindible escribano. Y, gracias al acta que este último levantó, nos enteramos ahora de varias curiosidades dignas de tomarse en cuenta.

Con Ortega iban otras veintidós personas. Mencionamos ya al cura Diego de la Nava; igualmente al piloto Esteban Carbonel, el cual, vale la pena señalarlo, siendo francés de origen, se dijo oriundo de la ciudad de Sevilla. Por ésta y otras actuaciones suyas, poco después se vería envuelto en complicado proceso. Como maestro iba un Diego de Cañedo, natural de Béjar. También había un contra maestro y un ayudante del piloto que declaró conocer el arte del buceo. Escribano nombrado en la fragata era Martín Sáenz de Córdoba y Arbizu. Venían luego los marineros y grumetes en número de cinco. Uno de ellos, Andrés Ramos, manifestó ser también barbero y cirujano. Y preguntado por su lugar de origen, confesó ser portugués, natural de Lisboa. Otro marinero y un grumete tampoco eran oriundos ni de la antigua ni de la Nueva España. Juan Tomás dijo ser de Córcega, y el grumete Nicolás, de Saboya. Indudablemente que al juez y al escribano del presidio de Acaponeta debió parecerles algo extraño encontrar, en grupo tan reducido, a estos tres que, de un modo o de otro, habían saltado las barreras y, desde algunos años antes, se encontraban en México.

Los soldados de la expedición eran siete, todos españoles, incluyendo a Hernando de Ortega, primo del capitán. Por fin, aparecieron un negro esclavo, natural de Angola, pertenencia de Esteban Carbonel, y dos mulatas, una esclava, al servicio del padre Nava, y la otra libre, para lo que se ofreciera al capitán Ortega.

La enumeración de esta gente, de la que nos habla el acta que entonces se levantó, es interesante testimonio de algo que muchas veces se pasa por alto: en la Nueva España del siglo XVII no era infrecuente encontrar personas de orígenes tan distintos que, en determinadas circunstancias, se reunían y más o menos abigarradamente participaban, con

²³ *Ibid.*

esperanza de ganancias inciertas, en empresas como ésta de la expedición a California. Recordada ya la revista de la tripulación y acompañantes, veamos lo que consigna el acta acerca de la inspección de la fragata.

El escribano asienta que la *Madre Luisa de la Ascensión* se halla en magníficas condiciones. Recientemente fue carenada, tiene sus velas nuevas, sus jarcias y cabos, dos anclotes nuevos, un ancla y un rastro pequeño. Respecto de estos últimos implementos manifiesta el capitán Ortega “que eran para rastrear los fondos y todos los puertos dondequiera que llegase, y playas, y buscar los comederos de perlas”.²⁴ La fragata llevaba también un barril de pólvora, ocho arrobas de plomo, veinte quintales de bizcocho, ochenta fanegas de maíz y cantidad de carne, cien botijas y veinte barriles de agua y asimismo una caja de medicinas y otros regalos por si alguno cayese enfermo. Pero lo más interesante es la referencia a un invento del mismo capitán Ortega, confirmación de que, si éste sabía ingeniarse en asuntos como el de su solicitud al virrey y en el de la hechura de la fragata con escasos recursos, también era sabio diseñador de algo no visto en la Nueva España. La descripción del escribano es elocuente en este punto: “asimismo registró y manifestó una campana de madera y plomo, artificio nuevo y traza del dicho capitán Francisco de Ortega, para que puedan ir una o dos personas dentro della a cualquier cantidad de fondo sin riesgo de ahogarse, aunque se esté debajo del agua diez o doce días”.²⁵ El dicho artificio, inventiva de Ortega, no era otra cosa que lo que hoy llamamos un batiscafo.

Es verdad que en la historia de las exploraciones submarinas existen antecedentes de más temprana fecha que el año de 1632, cuando Ortega fabricó su campana para sumergir a una o dos personas “sin riesgo de ahogarse”. Sin embargo, si no los diseños que podrían citarse, como uno atribuido a Leonardo da Vinci, al menos los artefactos anteriores al de Ortega, inventos de franceses y holandeses, distaban de la supuesta o real perfección que éste atribuía a su campana sumergible. Expresamente manifestó que, con su campana, podía “descender a cualquier cantidad de fondo y podía estarse debajo de la agua diez o doce días”. Es lástima que ni en la relación del primero de sus viajes ni en las de los posteriores se refiera al empleo que hizo de su original batiscafo. Pensamos no obstante que de alguna utilidad debió de serle, ya que lo llevó consigo, como consta en las correspondientes actas de las tres expediciones que emprendió hasta el año de 1636. De cualquier manera que haya sido, su traza y artificio deben registrarse como un antecedente mexicano en la historia de las exploraciones submarinas.

²⁴ *Ibid.*, p. 76.

²⁵ *Ibid.*



Concluida la inspección y la revista, y tras invocar el nombre de Dios y de la virgen Santa María, la fragata *Madre Luisa de la Ascensión* se hizo por fin a la vela el 27 de febrero de 1632. Prolijo sería relatar todas las peripecias de su navegación. A quienes esto interese, remitimos a la memoria que de este viaje consignó el correspondiente escribano.²⁶ Digamos al menos que, debido a un fuerte temporal, la fragata hubo de recogerse al puerto de Mazatlán, en donde debió ser alijada. Ortega supo aprovechar esta breve estancia en las costas de Sinaloa. Sabía que entre los misioneros

²⁶ Se incluye íntegra bajo el título de "Descripción y demarcación de las islas Californias[...]" en *CDVR*, vol. IV, pp. 78-85.

jesuitas de esa región del noroeste existía de tiempo atrás el deseo de alistarse cuando fuera posible para la conquista espiritual de California. No sería por tanto inútil establecer contacto con ellos puesto que, llegadas las circunstancias, su apoyo podría ser en extremo valioso. De hecho, como habremos de verlo, Ortega se las arregló, en el tercero de sus viajes, para llevar consigo al primer jesuita que pisó la tierra de California, el padre Roque de la Vega, que se embarcó con él a 11 de enero de 1636.

Ahora, desde el primer viaje, el contacto había quedado establecido. El misionero jesuita con el que en esta ocasión habló don Francisco, el padre Diego Jiménez, no sólo vino a confesar a los soldados y gente de mar, sino que

les dio pláticas con que les dio ánimos para ir a la dicha jornada, ayudando al dicho capitán a reducir a algunos que habían mudado de este intento en que se trabajó mucho en ellos hasta reducirlos, y al dicho religioso en señal de agradecimiento, porque dijo su religión no recibía limosna ni paga por semejantes beneficios, le dio una muy cumplida remuneración de las cosas que el dicho capitán a su costa llevaba para dar a la gente de dicha California, para que el dicho padre agasajase con ello a la gente de su partido, que baja de las sierras y se reduce a nuestra fe.²⁷

Reanimada la tripulación y abastecida la fragata, dejaron al fin las costas de Sinaloa el primero de mayo, y tras cruzar la entrada del golfo, llegaron el día de Santa Cruz frente a una isla cercana a la bahía de La Paz. Ortega, en homenaje al virrey que lo había despachado, la bautizó con el nombre de Cerralvo, que hasta la fecha conserva. Continuando la navegación, tocaron luego las costas de California. Allí vieron ya a numerosos indios, sobre los cuales se consigna que son “mansos y afables”. Y como para indicar luego que el capitán Ortega no ha olvidado los encargos del virrey, se añade que “no alcanzamos a saber qué ritos y ceremonias pueden tener”.²⁸

La expedición siguió luego hacia el extremo sur de la península. Todos, marinos y soldados, desembarcan al fin en la llamada bahía de San Bernabé, relativamente cerca del cabo San Lucas. En confirmación de que éste es precisamente el lugar donde se encuentran, hace referencia el piloto a los escritos del carmelita que había acompañado a Vizcaíno y que, con buen sentido de previsión, llevaban consigo: “que así parece por las señas que da el padre fray Antonio de la Ascensión”. Ocurren entonces más encuentros pacíficos con los nativos: “nos trajeron el agua cuanto quisimos; tienen aquí una pesquería de sardina y otros géneros de pesca-

²⁷ CDYR, vol. IV, p. 79.

²⁸ *Ibid.*, p. 80

do, de los cuales nos dieron y repartieron con mucha voluntad y nos mostraron mucho amor y afabilidad[...]"²⁹

La relación describe una vez más con cierta precisión las características de la geografía de esa costa meridional: hay allí puntas y farallones, entre ellos uno que "tiene un arco grande...que parece hecho a mano, que le pasó el agua de una parte a otra..." Obviamente se hace referencia al famoso arco, atracción digna de verse, en cabo San Lucas. Los nativos se acercaron al barco en sus balsas y canoas para hacer trueque de lo que tenían: "pellejos muy bien curtidos de venados, leones y otros animales, y nos trujeron algunas perlas quemadas y acanaladas[...] así como todo el pescado que podíamos comer".

En ocasiones anteriores estos indios habían tenido tratos con gente de otras expediciones y muy probablemente también con piratas. Sabían que las perlas interesaban a los forasteros. Por eso, en son de paz, les entregaban algunas, esperando recibir cuchillos y algunos utensilios o adornos. Estos indios pertenecían al grupo de los pericúes.

Su afabilidad dio ocasión a experiencias interesantes. Uno de los marineros, codicioso de encontrar por sí mismo algunas perlas, y guiado por cuatro nativos, se convirtió en desertor. Cuando al fin fue encontrado y obligado a volver, se disculpó diciendo que quería quedarse "para aprender la lengua hasta otro año". Más interesante aún fue la experiencia de otro soldado que se extravió, yendo a reconocer un cerro. Éste tuvo la suerte de toparse con una india que venía con un caracol lleno de agua. La mujer lo llevó al corral de piedras que constituía su morada. Allí estuvo descansando hasta que otro indio que vino se puso a limpiarle el sudor de la cara. Forzado a pernoctar, le dieron de comer pescado y le trajeron un petate y unos cueros de venado para que se cobijara, ya que hacía frío. También le ofrecieron una piel de pájaro para que la pusiera por cabeza. Y dijo este soldado que

todas las indias chicas y grandes, todas andan vestidas de pellejos de animales y que las dichas indias son de buenos rostros y muy vergonzosas; y que toda la noche estuvo un indio cantando[...] y en cansándose aquél, empezaba otro, hasta que amaneció, ni sabe si esto lo hacían por agasajar al soldado o por ser costumbre de ellos o vela que le estaban haciendo. Los indios son bien dispuestos, robustos y ágiles para cualquier cosa, que al parecer fuera muy fácil reducirlos a nuestra santa fe católica.³⁰

Explorado el extremo sur, enderezó Ortega la proa hacia el oriente para entrar de nuevo al golfo hasta volver a encontrarse con la isla de

²⁹ *Ibid.*, p. 81.

³⁰ *Ibid.*, p. 82.

Cerralvo. En la relación se asienta que vieron allí numerosos comederos de perlas. La expedición prosiguió y reconoció otra isla más al norte, a la que llamaron del Espíritu Santo, nombre con el que hasta hoy se conoce. Esta isla se extiende frente a la gran bahía reconocida entre otros por Sebastián Vizcaíno y designada ya como de La Paz. Ortega señala que en ella hallaron tres puertos. Al desembarcar en uno de ellos “vinieron al navío muchos indios en sus balsas, y entraron dentro, y les dimos algunas cosas de las que llevábamos y de comer, y ellos fueron a tierra y nos trajeron algunas perlas quemadas y acanaladas, y por ellas les dimos algunos cuchillos que estimaron en mucho[...]³¹ Explorado el interior de la bahía, encontraron a la parte del nordeste, una que describen como

isla embebida en tierra, que la divide en estero[...] y al remate de esta isla está una muy buena salina, que la mar echa, cuando se alborota el agua dentro y se cuaja la sal dentro; el capitán hizo cavar a un soldado y ahondó vara y media y no llegó al suelo. Pueden cargar sal cien navíos y no la apuraran. A esta isla le pusimos por nombre la isla de la Salina.³²

Así descubrían una muestra de la hoy bien conocida riqueza de las salinas que existen en no pocos sitios de la península californiana.

De nuevo, con la descripción de puertos y bahías, está la alusión a los placeres de perlas, con el comentario que casi nunca falta: las perlas que allí se han obtenido estaban todas quemadas. La explicación es que los indios “tienen su sustento de los ostiones, y las perlas las queman, sin hacer caso dellas”. Hacer esta aclaración era importante para Ortega puesto que debía de dar cuenta al virrey de los “rescates” o trueques que en esta materia hiciera con los indios.

Salidos de la bahía de La Paz, reconocieron entonces algo más de las costas al norte de la misma. Pudieron enterarse de que los indios del sur estaban en guerra con los que ahora les salían al paso. El nombre con que eran conocidos estos últimos lo llegará a saber Ortega en la segunda de sus expediciones. En ella hablará ya de los guaycuras. También en los lugares donde éstos vivían había grandes montones de conchas, señal de haber riqueza de perlas.

De vuelta en la isla del Espíritu Santo, se describen sus costas. Dato interesante es la existencia de “grandes cuevas, donde los indios tienen su morada en tiempo de aguas; son cuevas que la naturaleza obró, y son tan grandes, que hay cueva que pueden entrar en ella doscientas personas sin estar apretadas”.³³ Relacionando esta información con lo que ahora sabemos sobre las pinturas que hasta hoy se conservan en algunas

³¹ *Ibid.*, p. 83.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*, p. 84.

cuevas de la península, cabe suponer que tales creaciones plásticas fueron obra de quienes se refugiaban en ellas para ponerse a salvo de inclemencias, especialmente del frío.

Abandonando ya la isla del Espíritu Santo, Ortega quiso avanzar hacia el norte. Según las mediciones del piloto, la latitud más alta que alcanzaron fue la de veintisiete grados. De hecho, en el cálculo había un considerable error de exceso y, al parecer, se encontraban sólo a algo menos de veinticinco grados de latitud. En ese punto, siendo el 23 de junio, “vispera de San Juan por la tarde”, se presentó un fuerte viento del sudoeste que los obligó a interrumpir su marcha y a volver a la tierra firme, o sea al continente. En realidad buena falta les hacía reabastecerse. Llegaron así a un fondeadero, cercano a la bahía de San Ignacio, en las costas de Sinaloa. De todo ello dieron cuenta el mismo Ortega, el padre Nava, el piloto Carbonel y otros más, en 3 de julio de 1632.

Los resultados de esta primera expedición en modo alguno podían tenerse como suficientemente esclarecedores para proporcionar con ellos la información requerida por el virrey. Entreveía Ortega las grandes posibilidades de la pesca de perlas y confiaba asimismo en poder continuar su exploración. Le interesaba hacerse acreedor al reconocimiento de la corona y también a las licencias y privilegios para establecer pesquerías. Por eso, además de pensar en el modo de allegarse nuevos recursos, su trabajo en las costas de Sinaloa fue desde luego dar carena a su fragata, hasta dejarla dispuesta para otro viaje. Ocupábase en ello cuando de improviso recibió un encargo que venía a distraerlo de lo que era su propósito. De parte del virrey le llegaba una nueva comisión y precisamente por conducto de su activo piloto Esteban Carbonel que, al desembarcar, se había ausentado para gestionar asuntos que mucho parecían interesarle.

SEGUNDO VIAJE: 8 DE SEPTIEMBRE DE 1633 - 8 DE ABRIL DE 1634

El licenciado y vicario Diego de la Nava había sido enviado por Ortega desde la bahía de San Ignacio para comunicar al virrey, en forma más o menos confidencial, lo que hasta entonces se había logrado. Se conserva de hecho el “parecer” del padre Nava en el que de tal modo se expresó sobre las posibilidades de las Californias, que no sólo logró mantener la aquiescencia del virrey, sino que alcanzó a interesar en el asunto a uno de los servidores y allegados de éste.³⁴ A su debido tiempo declarará Ortega que fue precisamente el capitán Juan García de Mercado, “en servicio de

³⁴ “Parecer del licenciado Diego de Nava que fue con Francisco Ortega, 1632”, Museo Naval de Madrid, *Colección Navarrete*, vol. XIX.

su Excelencia, quien deseoso de participar en la empresa, se constituyó en uno de los armadores que en este viaje me han ayudado con cantidad de hacienda[...]³⁵ Por este lado, las cosas marchaban a la par con los propósitos de don Francisco. El único obstáculo, aunque en fin transitorio, provenía de la real comisión de que era portador el piloto Carbonel.

El encargo era que Ortega entregara su fragata a Carbonel, “para ir a dar aviso a las naos de las islas Filipinas, por las nuevas de que había enemigos en la costa[...]³⁶ La oficiosa actuación de Carbonel debió disgustarle grandemente. Su piloto actuaba para congraciarse con las autoridades virreinales y dejaba traslucir intenciones nada buenas. Por el momento, y no habiendo otro remedio, Ortega hubo de entregar su fragata a Carbonel. Decidió, sin embargo, embarcarse él mismo en ella y acompañarlo en su misión de dar aviso a las naos del riesgo de los piratas.

Cumplido el encargo, la *Madre Luisa de la Ascensión* retornó, a comienzos de mayo del mismo 1633, al puerto de Mazatlán. La antipatía que había cobrado Ortega por Carbonel se tradujo en la separación de este último que, muy pronto y por propia cuenta, trataría de emular lo que tan penosamente intentaba el antiguo “carpintero de ribera”. Por fin, el 20 de mayo de 1633 tenía lugar en el mismo puerto de Mazatlán la consabida inspección de la fragata y la revista de quienes en ella nuevamente se embarcaban con rumbo a California. Por el acta que se conserva sabemos que la gente reunida era esta vez más numerosa. Las gestiones del padre Nava y la aportación hecha por García de Mercado en calidad de armador, habían facilitado las cosas. Además de Ortega y del padre Nava, venía también el bachiller Juan de Zúñiga, clérigo presbítero, natural de México y vecino de Querétaro. El escribano de la expedición, y por cierto familiar del Santo Oficio, era Antonio Mayor, catalán, de la ciudad de Barcelona. A continuación aparecieron veinticinco soldados, en vez de los siete de la expedición anterior. Entre ellos los más eran españoles, otros nativos de México, uno de los reinos del Perú y uno de la isla de Margarita, que actuaría asimismo como buzo.

Los marineros venían en número de once, entre ellos dos portugueses de Lisboa y otro de la isla de Córcega. Como mozas de servicio estaba la mujer del soldado Francisco Escamilla, otra natural de Culiacán y por fin la esclava mulata del padre Nava.

En lo que toca al registro de la fragata, se encontró ésta bien carenada y en perfectas condiciones. De nuevo se hizo constar que iba en ella “una campana de madera y plomo nuevo, arbitrio del dicho capitán, para que

³⁵ CDYR, vol. IV, p. 92.

³⁶ *Ibid.*, p. 86.

puedan estar una o dos personas dentro della sin ahogarse debajo del agua al fondo”.³⁷ Prueba esto, al parecer, que el famoso artificio había sido empleado en la expedición anterior, tal vez con algunos buenos resultados. A ello podía deberse que, debidamente reparado “con plomo nuevo”, volviera a llevarse como instrumento auxiliar en la localización de los placeres de perlas.

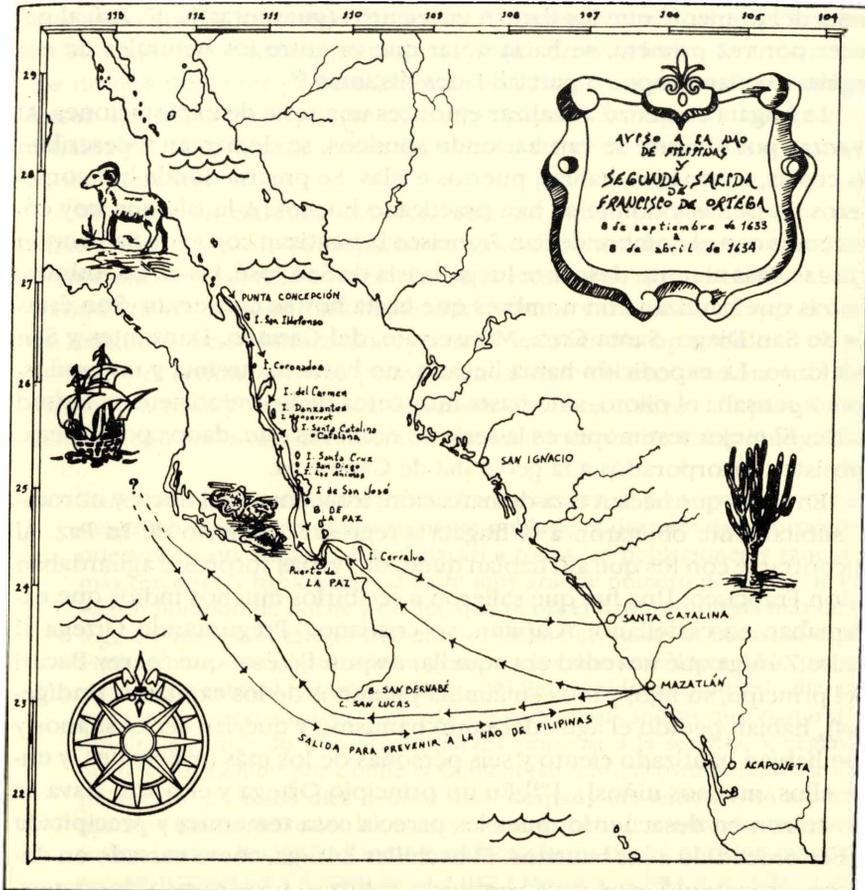
El 8 de septiembre de 1633, invocado como siempre el nombre de Dios, los expedicionarios se hacían a la vela. El nuevo piloto, Bartolomé de Terrazas, “pesó el sol” y se halló que estaban a veinticuatro grados de altura. Cruzando el golfo de California, el punto de llegada fue la ya conocida isla de Cerralvo. De aquí pasaron al puerto de La Paz, tras avistar la isla del Espíritu Santo. Ortega, que conocía el interés que habían comenzado a mostrar los jesuitas por la California, al bautizar algunos de los lugares que entonces tocaban, les dio el nombre de prominentes santos de dicha orden:

Entrando por la boca de la bahía (por el norte de la ya bien conocida de La Paz), a la banda del este, hace un puerto abrigado de todos los vientos, al cual pusimos por nombre San Francisco Javier; tiene la entrada este dicho puerto ueste; es suficiente para cualquier navío. Y saliendo de este dicho puerto, y navegando por la dicha bahía al sur, hallamos otro puerto que está también a la banda del este, que hace dos bocas, por tener una isla pequeña atravesada a la entrada, al cual pusimos por nombre, San Ignacio de Loyola.³⁸

Los jesuitas, pensaba Ortega, habrían de quedarle reconocidos al enterarse de esto. La fragata, muy poco después, entraba para fondear precisamente en el recién bautizado puerto de San Ignacio de Loyola. Llegados algunos indios, empezó el concebido trueque de las “perlas acanaladas y ahumadas” que los nativos entregaban a cambio de cuchillos. Se hizo también algún buceo y se obtuvieron otras perlas, entre ellas una de que se da expresa cuenta por ser de “diez quilates y de muy buen género y oriente”. Un día después la nave continuó su exploración hacia el sur hasta llegar al puerto mismo de La Paz. Allí desembarcó toda la gente y se estableció nuevo contacto con los indios. Gracias a la buena disposición de éstos fue posible organizar una especie de base o, como se lee en la relación, un “rancheamiento”. Los marineros y soldados edificaron desde luego algunas chozas. Ortega, en compañía del ayudante de piloto y tres buzos, salió entre tanto para sondear con la fragata toda la bahía y buscar más comederos de perlas.

³⁷ *Ibid.*, p. 88.

³⁸ *Ibid.*, p. 92.



Esta primera salida fue sólo anticipo de otra más larga que, pocos días después, habría de emprenderse por las costas del norte. Dato interesante es el que entonces se consigna: “Visto por los indios de este puerto que nos queríamos ir con la fragata, se entristecieron mucho y vino el rey dellos, Bacarí, con todos sus capitanes, a rogarnos que no nos fuéramos[...]³⁹ Ortega, como pudo, les dio a entender que allí se quedaría buena parte de su gente con el padre bachiller Juan de Zúñiga y que su nueva salida era sólo pasajera. Y para explicar el empeño de los nativos por retener a los forasteros añade que se sentían “amparados de nosotros, por causa que estos dichos indios tienen guerra con otros que habitan a la

³⁹ *Ibid.*, p. 94.

costa del poniente que los llaman guacicuros (guaycuras)[...]. Así, al parecer por vez primera, se hacía notar que ya entre los naturales de esa región existían grupos o parcialidades distintas.⁴⁰

La fragata comenzó a realizar entonces una serie de exploraciones. Al avanzar por el norte se van haciendo sondeos, se demarcan y describen las costas, ensenadas, bahías, puertos e islas. Se precisa dónde hay comederos de perlas y dónde se han practicado buceos. A la isla que hoy conocemos con el nombre de San Francisco la bautizan con el de San Simón y Judas. Más al norte descubre luego la isla de San José, las de las Ánimas, y otras que bautizan con nombres que hasta hoy se conservan. Son éstas las de San Diego, Santa Cruz, Monserrate, del Carmen, Danzantes y San Ildefonso. La expedición había llegado, no hasta los treinta y un grados, como pensaba el piloto, sino hasta muy cerca de los veintisiete de latitud norte. El mejor testimonio es la serie de nombres que, dados por Ortega, subsisten incorporados a la geografía de California.

En tanto que hacían esta demarcación, los vientos del norte y noroeste súbitamente obligaron a la fragata a regresar al puerto de La Paz. Al encontrarse con los que allí habían quedado, varias sorpresas aguardaban a don Francisco. Una fue que salieron a recibirlos muchos indios que exclamaban en castellano: “Capitán, yo cristiano.” Preguntando Ortega al padre Zúñiga qué novedad era aquella, respondió éste que “el rey Bacarí y el príncipe, su hijo, y toda su familia y algunos de los capitanes (indígenas), habían pedido el agua del santo bautismo y querían ser cristianos y que habían bautizado ciento y seis personas de los más principales, y entre ellos, muchos niños[...].”⁴¹ En un principio Ortega y el padre Nava se mostraron en desacuerdo, pues les parecía cosa temeraria y precipitada haber procedido a los bautizos. El bachiller Zúñiga, como versado en derecho, argumentó, que “era permitido bautizar a los reyes y capitanes,

⁴⁰ Como lo veremos, en la relación de la tercera salida de Ortega se señala que, más al norte, los nativos hablaban lenguas diferentes. Son estas noticias uno de los primeros antecedentes acerca de la diversidad lingüística que había entre los antiguos californios. Con base en la información dejada por los jesuitas y en ulteriores estudios sabemos que “las rancherías o linajes que integraban el grupo lingüístico guaycura ocupaban (desde el valle de Santo Domingo) las llanuras de la Magdalena y el istmo de La Paz[...]. En la región del cabo se hablaban dos lenguas distintas: el huchiti y el pericú. El más conocido de los grupos hablantes del huchiti era el ‘cora’ que vivía a lo largo de la costa del Golfo, desde el extremo sur de la bahía de La Paz, hasta la bahía de Las Palmas al sur[...]. En el extremo meridional de la península, abarcando el área alrededor de cabo San Lucas y las islas del golfo hasta Santa Catalina, estaban los pericúes. Al norte del área guaycura, y más allá de la actual línea divisoria internacional, vivían los que hablaban lenguas yumanas[...]. Dentro de la península, y por lo que a estos grupos se refiere, existía una diferenciación principal entre los yumanos de California y los conocidos como yumanos peninsulares, designados genéricamente como ‘cochimiés’, denominación que incluía las siguientes lenguas: borjeño, ignacienño, cadogomeño, laymón[...].” Véase: William C. Massey, “Archaeology and Ethnohistory...”, pp. 51-52.

⁴¹ CDYR, vol. IV, p. 98.

que así lo decían los santos cánones[...]" Ortega y Nava tuvieron por buena su respuesta y se congratularon porque en esta forma la amistad con los nativos debía ser ya permanente. Don Francisco determinó entonces hacer un fuerte en el puerto de La Paz y envió la fragata a las costas de Sinaloa por bastimentos y para dar aviso al virrey de lo que hasta entonces se iba logrando.

Viviendo en estrecho contacto con los indios pudieron lograr enterarse de cómo estos proseguían su guerra contra los guaycuras. Justamente uno de esos días contemplaron el retorno de quienes habían salido a combatirlos. La suerte les había sido adversa y traían el cadáver del hijo de Bacarí, el recién bautizado reyezuelo. Esto les dio oportunidad de presenciar y describir, por vez primera en la serie de exploraciones de California, los ritos y ceremonias fúnebres de estos nativos. El párrafo que trata de ello en la relación merece transcribirse por su valor etnográfico:

Trujeron a este real y donde están los españoles, al príncipe muerto y a su mujer y hijo, adonde estaba su padre poblado. Y después de amortajados y puestos en sus andas, avisó el Bacarí a todas las poblaciones y rancherías más cercanas, y habiéndose juntado muy grande número de indios, le estuvieron llorando de noche y de día, que se oía el llanto y gritería más de una legua, y habiendo estado tres días en las andas, llamó el Bacarí al capitán Francisco de Ortega y a toda su gente y a los dos sacerdotes para que estuviesen presentes al enterrar su hijo[...]. El Bacarí pidió al capitán le diera seis hachas de cortar madera. Con ellas mandó a sus indios que cortaran los árboles a donde su hijo acostumbraba ponerse a la sombra, y cegaron y taparon un camino por donde el Conichi (su hijo), acostumbraba a ir a una población. En estos diez o doce días, después del entierro, se juntaron muchos indios de todas las islas y tierra firme[...], y estando todos estos indios juntos, haciendo llantos y exclamaciones por el príncipe muerto, se cortaron todos los cabellos, que de uso y costumbre los traen largos hasta la cinta pendientes. Quedaron con el cabello corto, al modo de los españoles. Hicieron una lumbre y quemaron los dichos cabellos y todos se embijaron de negro[...]⁴²

Estas ceremonias fúnebres habían permitido a Ortega dar al menos alguna noticia sobre los ritos y creencias de los naturales, según se le demandaba en la capitulación con el virrey. Y puesto ya hablar de estas materias comenta sobre su forma de vida en general: "La condición de estos indios es muy afable y no se ha hallado en ellos idolatría ninguna, y no tienen más que una mujer. El amor lo tienen puesto en los hijos y en la comida. Entiérranse a nuestra usanza; son muy bien aprestados y de muy buen cuerpo y muy ligeros[...]"⁴³

⁴² *Ibid.*, pp. 98-99.

⁴³ *Ibid.*, p. 99.

Y añade aquí algo que seguramente debió dejar perplejos a quienes por oficio hubieron de leer su relación: “La lengua castellana cortan y hablan tan bien como nosotros, y se huelgan de que sepamos la suya, la cual es muy fácil de aprender[...]”. O sea que el ingenioso capitán se jactaba de haber alcanzado en breve tiempo que los naturales “hablaran castilla” y de, lo que parecía igualmente inverosímil, que él mismo y algunos de sus compañeros hubieran aprendido la “muy fácil” de los nativos.

Un último dato, también de valor etnográfico, se consigna en seguida: los naturales “andan siempre en tiempo de verano en el agua de la mar, porque della sacan el sustento, en unas balsillas que tienen que se enmaran (entran) cuatro y seis leguas[...]”. Y para acabar de ponderar los atractivos de la colonización de California se asienta también que “la disposición de la tierra, a dos leguas de la costa, es muy buena y dispuesta para todos géneros de sementeras y de ganados mayor y menor[...]”. Referido esto a la región vecina al puerto y bahía de La Paz, se añade fantasiosamente que había un muy buen río y más adelante otro, todavía “más caudaloso, que tiene su desembocadero hacia el rumbo de la isla de Cerralvo”.

Y por lo que toca a plantas aprovechables: hay “muy grandes magueyales, y muchos mezcales y tunales, donde los indios tienen mucho sustento; hay zapotes prietos y ciruelas de buen gusto[...]”. Y, como obviamente el incentivo principal eran las perlas, no se deja pasar la ocasión para repetir que existen allí grandes posibilidades para establecer pesquerías.

Para estas fechas, 22 de febrero de 1634, la expedición llevaba cerca de seis meses en California. Todavía entonces intentó Ortega una nueva salida por tierra para acercarse a los guaycuras, conocerlos más de cerca y ganarse, si fuera posible, su amistad. Sólo que el cacique Bacarí, interpretando esto como iniciación de una campaña para vengar a su hijo, aprestó más de doscientos guerreros. La relación señala expresamente que Ortega hizo entonces cuanto pudo por disuadirlo ya que lejos estaba de querer provocar nuevas luchas entre las dos parcialidades. En resumidas cuentas la marcha tierra adentro fue empresa fallida.

Ortega y sus compañeros decidieron en consecuencia regresar a las costas de Sinaloa, a pesar de las supuestas o reales peticiones del Bacarí y su gente que les pedían que se quedaran. Tiempo era de volver para informar a las autoridades virreinales acerca de lo que se había explorado. Parecía también urgente reabastecerse para un nuevo viaje del que Ortega pensaba debía derivarse un plan definitivo de colonización de California. El 8 de abril de 1634, ya en las costas de Sinaloa, se suscribe y se hace entrega de la correspondiente acta de la “segunda demarcación de las islas Californias hechas por mí, el capitán y cabo Francisco de Ortega,

por orden y comisión del señor marqués de Cerralvo, virrey de la Nueva España[...]"

Informado debidamente el virrey de este descubrimiento y demarcación, formuló asimismo Ortega dos proposiciones particulares. A su juicio, el presidio existente en Acaponeta debía mudarse a las costas de California, posiblemente al puerto de La Paz. Esto garantizaría la colonización permanente y haría posible intentar exploraciones tierra adentro. Por otro lado se permitía manifestar también al virrey la necesidad de asignar fondos especiales para asegurar con ello, al menos a los comienzos, el debido aprovisionamiento de quienes se quedarán como pobladores en California, particularmente de los que irían a evangelizar a los naturales. Entregadas ambas proposiciones con los otros documentos presentados, don Francisco tuvo la esperanza de que a su debido tiempo podrían ser objeto de discusión y estudio. Entre tanto debía él aprestarse, reuniendo gente, bastimentos y numerario, para emprender su tercer viaje del que deseaba obtener ya consecuencias claras y definitivas en el terreno de la práctica.

TERCERO Y ÚLTIMO VIAJE: 11 DE ENERO - 16 DE MAYO DE 1636

Casi dos años hubieron de transcurrir antes que Ortega pudiera embarcarse nuevamente con rumbo a California. Causa de tan larga demora fueron varios hechos y circunstancias de no escaso interés. Gracias a una real cédula de 15 de marzo de 1635, dirigida al marqués de Cerralvo, vamos a enterarnos en resumen de lo que, a partir del año anterior, había sucedido en el asunto de las Californias. Alude en ella el soberano a la orden que, desde 1628, había dado el virrey de que:

me informádes lo que se os ofrecía cerca del descubrimiento de las islas Californias, habiendo oído primero las personas que tuviesen noticias de aquella tierra, y me avisáredes muy particularmente en la forma y manera que se podría hacer el dicho descubrimiento, en caso que conviniese ponerle en execución.⁴⁴

El marqués de Cerralvo oportunamente había atendido la orden recibida. Así se hace constar en la real cédula que estamos citando. En ella menciona el rey la carta de Cerralvo de fecha 20 de marzo de 1632. Allí:

⁴⁴ "Real cédula al marqués de Cerralvo, 15 de marzo de 1635", Archivo de Indias, Sevilla (en adelante AGI), *Audiencia de Guadalajara*, 133-22.

decís habíades hecho las diligencias posibles y que, juzgando que ningunas podían tener certeza sin que se viesen las dichas islas, buscásteis personas que se inclinassen a ir a reconocerlas, y que así había partido con este intento Francisco de Ortega y que, volviéndole Dios con bien, me daríais cuenta menudamente de lo que resultase[...]⁴⁵

Conocía por consiguiente su majestad la forma como había salido Ortega, no ya sólo autorizado sino enviado por el virrey para recabar información. Igualmente sabía, y lo expresa en la real cédula, cuáles habían sido las consecuencia de ese primer viaje. En la:

carta de veinte y nueve de noviembre del mismo año (de 1632), decís que volvió el dicho Francisco de Ortega con relación y derrotero de las islas y que, sin haber tratado de pesca de perlas, trujo unas pocas, y tenéis por cierto que, llevando orden y recaudos para la pesquería se hallará mejor género dellas, y según la relación que daban del buen natural de los indios y de la apacibilidad con que recibieron a los nuestros, será fácil el disponerlo.⁴⁶

Hasta este punto el real parecer, fundado en las comunicaciones del virrey, era en todo favorable a Ortega. De hecho, como ya lo hemos visto, éste había realizado entre tanto su segunda expedición, presentada como más prometedora aún que la primera. Sin embargo desde 1633, o sea a partir del segundo regreso de don Francisco, las cosas habían comenzado a complicarse. En la primera real cédula se alude a aquel allegado del virrey, que había actuado como armador en el segundo viaje de Ortega, el capitán Francisco García Mercado. Éste, probablemente decepcionado al no haber visto ganancias inmediatas, había escrito al rey diciéndole que “había pretendido descubrir las dichas islas y gastar en esto la poca hacienda que les había quedado por tener noticia de la multitud de almas que hay en ellas y la grandeza y riqueza de perlas, ámbar y minerales[...].”⁴⁷ Su carta, petición de favores con la demostración de celo por las almas y señalamiento de riquezas, era de hecho un testimonio no muy favorable a Ortega.

Por otra parte también menciona la cédula un memorial del capitán Nicolás de Cardona, en el que, como veremos, entre otras cosas había quejas contra Ortega. Cardona hacía recordación del “asiento y capitulaciones” que se había celebrado con su tío, don Tomás desde 1613, para que hiciera descubrimientos en Californias, y entendiéndose en su posible colonización y en el establecimiento, en exclusiva, de pesquerías de perlas. Ponderando luego los crecidos gastos y los trabajos realizados, insiste

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ *Ibid.*

en que de hecho se le ha estorbado continuar su exploración, no obstante tener derecho a ello en virtud del “asiento” que no ha sido revocado. En cambio, y aquí es donde la queja sale a luz, “ahora ha venido a su noticia que Francisco de Ortega, carpintero de ribera, y el licenciado Diego de la Nava y Juan García de Mercado y Esteban Carbonel han ido a la dicha California con licencia del virrey.”⁴⁸

Todo esto, o sea las cartas recibidas del marqués de Cerralvo, ponderando el primer viaje de Ortega, y luego la misiva de García de Mercado y el memorial, también querrela, de Nicolás de Cardona, movían al rey a volver sobre el asunto. Por eso nuevamente se encarga al de Cerralvo:

veáis y oigáis a los dos referidos (Mercado y Cardona), y a otras cualesquier personas que quieran tratar de esta materia y os mando que, en lo que juzgáredes ser más a propósito, capituléis y asentéis lo que viéredes que conviene a mi servicio y al mejor y mayor acierto y, asegurando las condiciones de la empresa cuanto fuese posible procurando sobre todo que se disponga con atención la propagación de la fe católica y predicación del Santo Evangelio, bien y enseñanza de los indios, sin gasto alguno de mi real hacienda[...] Todo lo cual ejecutaréis desde luego y en la primera ocasión me avisaréis de lo que hubiéredes hecho y fuéredes haciendo.⁴⁹

La nueva orden del monarca en cierto modo volvía a complicar las cosas. Al parecer no se tenía por suficiente la información hasta entonces alcanzada, y una vez más se abrían las puertas a otros intentos, siempre que se llevaran a cabo sin gasto de la real hacienda. Obviamente las demarcaciones presentadas por Ortega y su calidad de comisionado por el virrey parecían haber perdido la importancia que en un principio se les había concedido. Nada tiene de extraño en consecuencia que, a pesar de los buenos valimientos de Ortega ante el marqués de Cerralvo, hubiera de posponerse ahora su tercer viaje que probablemente debía haberse emprendido en el mismo año de 1635. Había además otra serie de hechos, casi coincidentes con la llegada de esta real cédula, que tampoco contaban precisamente en favor de sus expediciones. Eran éstos resultado de la actuación de su antiguo piloto, Esteban Carbonel. Como lo hemos visto, se había separado él de Ortega después de haberse hecho portador de una orden del virrey, según la cual don Francisco debía entregarle su fragata para dar con ella aviso de peligro a las naos de Filipinas. Ortega sagazmente había cumplido la orden, embarcándose él mismo con Carbonel. Sorteó así el riesgo de que su antiguo piloto, tras prevenir a las naos, intentara valerse de su fragata, y fingiendo alguna

⁴⁸ “Memorial de Nicolás de Cardona, 1634”, AGI, *Audiencia de Guadalajara*, 133-24.

⁴⁹ “Real cédula al marqués de Cerralvo...”

arribada forzosa en California, se dedicara allí al rescate de las perlas. Bien sabía que éstas eran lo que muy especialmente interesaba a Carbonel. Además, durante sus tratos con él, había podido percatarse de que mentía acerca de su origen. Carbonel no era de Sevilla ni de Valencia sino francés de nación.

Separados ya y desde luego enemistados, Carbonel no perdía ocasión de desacreditar a Ortega. El mismo como piloto, y no el desconocido carpintero de ribera, debía hacer realidad la colonización y aprovechamiento de las Californias. A ello dirigiría su acción y sus argucias con resultados que hasta un cierto momento parecieron a la medida de sus deseos. En compañía de otros franceses, entrados también subrepticamente en la Nueva España, había comenzado ya la fábrica de un navío en las costas de la Mar del Sur, no muy lejos de San Blas. La noticia de la real cédula de marzo de 1635 llegó por entonces a su conocimiento. Con ella se abrían las puertas a posibles nuevas expediciones. Por interpósita persona podrían obtenerse la licencia y las capitulaciones. Actuó así un don Francisco de Vergara que cedería sus derechos a Carbonel y a su gente. En resumen que, a fines del mismo 1635, Carbonel y sus asociados franceses y de otras nacionalidades se aprestaban ya a salir hacia las Californias. Ni García de Mercado ni Cardona habían podido alcanzar entre tanto lo que pretendían. Y el mismo Ortega seguía aguardando en las costas de Sinaloa se le permitiera continuar la empresa a que ahora quería dar feliz remate.

Mas, aunque por el momento todo parecía sonreír a Carbonel, casi repentinamente su situación fue otra. Uno de los varios marinos interesados entonces en hacer expediciones a California había podido enterarse de los manejos y preparativos del marsellés. Sus sospechas muy pronto fueron del conocimiento de la audiencia de Guadalajara. Ésta, que temía a peligros de piratas y a intromisiones de extranjeros, actuó de inmediato. Lo que entonces sucedió se halla descrito en las actas del proceso que hubo de iniciarse contra Carbonel. En pocas palabras la refiere asimismo quien, pocos años después, entraría también en California, el célebre don Pedro Porter y Casanate. En su memorial dirigido al rey hacia 1640, habla así del caso Carbonel:

Y para que Su Majestad se entere de lo que tiene en aquellas partes (las Californias), da grande ocasión y (mirándolo bien) es necesidad, no pide dilación, y arguye grande malicia y traición de los enemigos, y es caso sospechoso, feo y grave, haber el suplicante descubierto en la Nueva España, año de mil seiscientos y treinta y cinco, que Francisco Carbonel, francés, con otros de la misma nación que pasaron de España aquel año, y algunos que estaban en las Indias, interesados y partícipes, estaban fabricando, encubriendo sus naciones, para ir a la California sin licencia, valiéndose de una que dio el virrey a un Francisco de Vergara, que la pidió con cautela y

engaño, para venderla y cederla a los franceses, por concierto y trato hecho con ellos antes de pedirla. Y la audiencia de Guadalajara procedió contra ellos y averiguó éstas y otras grandes culpas, por las cuales les embargó las haciendas y los envió a la ciudad de México, donde quedan presos. Y los autos han venido a Vuestra Majestad por sentenciarse. Y así la cosa indigna y peligrosa para nuestra nación que el enemigo sepa lo que hay en esto y nosotros lo ignoremos.⁵⁰

Al menos en ello bien pudo ufanarse Ortega, conocedor del triste fin de su enemigo y rival. Empeñado como estaba en hacer realidad sus proyectos californianos en modo alguno se había entregado al ocio. Largo le resultaba ya este periodo de espera. En busca de apoyo había reforzado mientras tanto sus contactos con los jesuitas. Como hemos visto, desde su primera expedición, se había puesto al habla con ellos. Más tarde había bautizado dos puertos con los nombres de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier. Ahora, sus nuevas gestiones le habían resultado favorables. Para el tercer viaje que debía emprender, había logrado que un miembro de la dicha orden lo acompañara en la que hoy llamaríamos función de “observador”. El padre Roque de la Vega, designado por sus superiores, iba a ser el primer jesuita del que, a ciencia cierta, sabemos que pisó tierras de California.⁵¹ Su presencia entre quienes iban a embarcarse contribuiría, así lo pensaba Ortega, a allanar los obstáculos que se ofrecían a su demorada salida.

Una última circunstancia, tenida primero como contratiempo, vendría a ser al fin favorable coyuntura. Por esos días había llegado a don Francisco la noticia de la entrada en México de un nuevo virrey. El mar-

⁵⁰ “Memorial al rey de don Pedro Porter y Casanate, año de 1640”, Biblioteca Nacional, Madrid, Ms. 8, 553. También AGI, *Patronato*, 30-4.

Conviene notar que, a propósito de este “caso Carbonel”, tanto Miguel Venegas en su *Noticia de la California*, vol. I, capítulo IV, como Clavigero en la *Historia de la Antigua o Baja California*, libro II, capítulo IV, sostienen que el piloto francés llegó a embarcarse antes de que se descubrieran sus manejos. Si nos fiamos del testimonio citado de Porter y Casanate que estaba en Nueva España, tendremos que aceptar que probablemente Venegas y Clavigero incurrieron en la equivocación de confundir el viaje que había hecho Carbonel como piloto en 1632 con el que preparaba en 1635, pero que de hecho no pudo efectuar.

⁵¹ Conviene notar que generalmente han afirmado los historiadores de esta orden religiosa que fue el padre Jacinto Cortés el primero entre los jesuitas que pasó a California en la expedición de don Luis Cestín y Cañas en 1642. Ni Venegas, Clavigero, Alegre o Pérez de Rivas aluden a la anterior presencia del padre de la Vega. De ella tenemos no obstante el fehaciente testimonio del acta levantada ante el capitán de presidio de Santa Catalina y suscrita, entre otros testigos, por el también jesuita Juan Romero. Este último, según lo consigna Francisco Xavier Alegre, era a la sazón misionero en Sinaloa. Véase *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, edición preparada por Ernest Burrus, S.J. y Félix Zubillaga. S.J., 4 vols., Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1956-1960, t. II, p. 468. En los apéndices XXVI y XXVII del mismo volumen II de esa edición se incluyen documentos que precisamente confirman que por este tiempo existía muy grande interés de parte de los jesuitas por ver la posibilidad de establecer misiones en California.

qués de Cerralvo, de quien, a pesar de todo, tanto había alcanzado, había sido sustituido, el 16 de septiembre de 1635, por don Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereyta. Ortega debió pensar que no era cosa de volver a iniciar engorrosos trámites y solicitudes de licencia ante la nueva autoridad del virreinato. Siendo en realidad tanto o más audaz que Carbonel, fraguó entonces un ardid. Consistió éste en suponer que la antigua comisión recibida del De Cerralvo conservaba su entera fuerza. Haciéndola valer, podría embarcarse de inmediato. Presentóse en consecuencia ante el capitán del presidio en el puerto de Santa Clara, provincia de Sinaloa. Aseverando que se había embarcado en otro lugar, desde tiempo antes de que terminara su gobierno el anterior virrey, pidió se procediera a la inspección de su fragata que iba comisionada a California. El tenor de sus palabras ante el dicho capitán del presidio en modo alguno desmentía su ingenio:

Francisco de Ortega, capitán y cabo, por el excelentísimo señor marqués de Cerralvo, para las demarcaciones y descubrimientos de los reinos de las Californias, por haber arribado a este puerto de Santa Catalina por bastimentos y dar carena a mi fragata, llamada la *Madre Luisa de la Ascensión*, por tener prevenido todo lo necesario para el manejo de la mar, a vuesta merced pido y suplico, como a capitán de este presidio y teniente de gobernador, visite mi fragata antes que salga de este dicho puerto. Francisco de Ortega.⁵²

El ardid funcionó a maravilla y el capitán del presidio, don Francisco de Bustamante, sancionó con su inspección la salida de Ortega. Nadie podría decir por consiguiente que esta su tercera expedición había sido hecha en forma clandestina. Y como Ortega esperaba los mejores resultados de la misma, confiaba en que la presentación de éstos a su regreso habría de allanar dificultades ante el nuevo gobernante, marqués de Cadereyta. Pensaba además que la ya manifiesta participación de un jesuita podría desvanecer cualquier sospecha.

El acta de la inspección y revista en 11 de enero de 1636, nos permite conocer cuáles eran las condiciones, en cuanto a recursos y gente, de esta tercera expedición. Mucho menos numerosos eran ahora los acompañantes de Ortega. Seguramente la larga demora había desanimado a no pocos de los que originalmente querían volver a California. El padre Nava al parecer había abandonado la empresa. En su lugar se menciona el “padre Roque de la Vega, de la Compañía de Jesús, con todos sus ornamentos para poder decir misa”.⁵³ Como soldados tan sólo encontramos siete, uno de los cuales debía fungir además como escribano. Los

⁵² CDYR, vol. IV, p. 102.

⁵³ *Ibid.*, p. 103.

marineros, presididos por el piloto Cosme Lorenzo, de San Lucas de Alcorcín, son únicamente tres y otros tantos los grumetes. Finalmente aparecen asimismo “cuatro mozas de servicio”.

La fragata estaba al menos bien carenada y aprestada. Una vez más se registra que allí va “una campana de madera y plomo, nuevo artificio del dicho capitán, para que puedan entrar una o dos personas dentro della sin ahogarse debajo del agua”.⁵⁴

El ingenioso Ortega podía estar satisfecho al ver que, ya en tres ocasiones, quedaba constancia, dada por fe de escribano, de que el “nuevo artificio” era traza de su propia inventiva. Y para algo debía servirle puesto que, ni para aligerar su embarcación en caso de peligro, jamás quiso prescindir de él.

Concluida la inspección y reiterándose que, por la comisión recibida, se prosigue “en nombre de Su Majestad el descubrimiento comenzado”, entre los testigos que firman la correspondiente acta hallamos a otro religioso de la misma orden con la que Ortega mantenía cordiales relaciones, “el padre Juan Romero, de la Compañía de Jesús”.⁵⁵ El mismo día, hechas las invocaciones de rigor, zarpaba la fragata con tan buenos vientos que el 13 del mismo mes, “costeando la tierra firme de la dicha California, llegamos a dar vista al puerto de La Paz”.

Sin embargo “dar vista al puerto” no fue esta vez anticipo de un desembarco feliz. La misma noche del día en que contemplaban ya la costa, se levantó un repentino viento del norte que pronto se convirtió en furiosa tempestad. El desastre que fue su consecuencia con vivas palabras nos lo pinta el escribano de la expedición:

Al amanecer, se rompió un cable, y garrando la otra ancla, el viento creció y la mar, de manera que dimos a la costa, donde se hizo pedazos la fragata, y en uno de los pedazos salió toda la gente a tierra, sin haber ningún herido; y dando gracias a Dios por la gran merced que nos había hecho, pues habiendo tanta mar y viento, que los pedazos de la fragata salían a tierra arrojados, adonde parecía no haber llegado en vida del mundo, el agua, fue Dios servido, salieran en un cajón los ornamentos y recaudos para poder decir misa, y luego se puso por obra el hacer una ramada para decir misa y el padre Roque de Vega, de la Compañía de Jesús, dijo misa todos los días que estuvimos en este paraje, y luego el capitán Francisco de Ortega, puso por

⁵⁴ *Ibid.*, p. 102.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 104. Como ya se mencionó en la nota 51, el padre Romero era entonces misionero en Sinaloa. Así desde éste, y desde el primer viaje de Ortega cuando obtuvo la intervención de otro jesuita de dicha misión, quedó manifiesto el vínculo que podrían llegar a tener esos centros de evangelización de Sinaloa y Sonora con las futuras empresas de colonización en California. Véase en este contexto el trabajo de Delfina E. López Sarrelangue, “Las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa, base de la colonización de Baja California”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, vol. II, pp. 149-201.

obra un barco mastelero, valiéndose de la tablazón de la fragata y de algunas maderas de la California; tardóse en hacer el dicho barco, cuarenta y seis días, y esta tormenta en que nos perdimos, duró once días sin dejar de ventear de noche ni de día, que aunque estuvimos a la mar, fuera imposible dejar de perdersos.⁵⁶

El antiguo carpintero de ribera e ingenioso capitán logró así habilitar un nuevo barco, el primero construido en las Californias, sirviéndose como pudo de la tablazón de su fragata y de las maderas que halló en las cercanías del puerto de La Paz. Como en el artificio del batiscafo, también en esto dejó un antecedente digno de ser recordado por quienes, sobre todo en la Alta California, trabajan hoy en los más modernos astilleros. La nave que, en sólo cuarenta y seis días terminó Ortega, era precisamente lo que en términos náuticos de la época se llamaba un “barco mastelero”. Era ésta una embarcación menor que, “aparejada de mástil y vela, servía para navegaciones costeras”.

El escribano nos informa sobre lo que entonces sucedió: “Acabado el dicho barco, lo echamos al agua y, embarcando en él los pertrechos de la fragata que salieron a tierra y todos los compañeros, a veinte y siete de febrero salimos de este paraje donde se perdió la fragata.” El punto de donde zarparon se encontraba a cuatro leguas al oriente del puerto de La Paz, lugar al que luego se dirigieron. Llegados a él, consigna Ortega que fueron recibidos por “los indios naturales, haciendo muchas alegrías y muestra de amor, saltando en tierra, entendiendo que volvíamos a arrancharnos otra vez con ellos[...].” El cacique Bacarí, que ya les era bien conocido desde la anterior expedición, ordenó de inmediato a su gente limpiara el campo donde habían estado viviendo dos años atrás. Allí se encontraban bien conservados, al decir de don Francisco, tanto el fuerte como la iglesia que desde aquel tiempo habían edificado. Una vez más, el jesuita padre Vega volvió a celebrar misa y también se hizo amigo de los indios. Bautizó así a una anciana principal, contando con la simpatía de no pocos. Unos días después Ortega, a quien mucho interesaba reunir nuevos datos para la demarcación de California, se aprestó para continuar su viaje por las costas del norte. Se hace constar, como para subrayar la buena disposición de los nativos, que éstos suplicaron a don Francisco dejara allí al padre y a alguno de los soldados. El mismo jesuita, “visto el amor de los indios, no quería volver a embarcar, y el capitán Francisco de Ortega le embarcó por fuerza, aunque el padre le hizo muchos requerimientos; por no tener orden de su Excelencia ni de Su Majestad no se atrevió a dejarlo”.⁵⁷ Y a continuación se asienta que

⁵⁶ CDYR, vol. IV, p. 105.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 106.

los indios que dejamos cristianos en aqueste puerto, muchos dellos vinieron diciendo: yo me llamo Jusepe, y otro decía, yo me llamo Juan, y cada uno iba diciendo su nombre, y todos los indios y indias decían a voces: Santa María, ora pro nobis; que fue lo que les solían enseñar cuando estábamos allí rancheados. Y esto era la causa de que el padre Roque de Vega se quisiese quedar con ellos, por ver con la eficacia con que nombraban a la madre de Dios; y asimismo preguntaban los indios por los españoles que fueron la primera demarcación y segunda, sin habérseles olvidado nombre ninguno[...]⁵⁸

Bien se desprende de todo esto, o sagazmente así quiso dejarlo entender Ortega, que no había echado en saco roto el encargo de ver la disposición que tenían los naturales para abrazar la fe católica. Además del asunto de las perlas, era ésta razón suficiente para que en definitiva se les concediera emprender la colonización de California.

Abastecidos de agua y leña, salieron al fin del puerto de La Paz. Dando fondo en la isla de Cerralvo, vuelven a describir los varios comederos de perlas que hay en ella. Pasan luego a la isla de San José: allí “sacaron algunos granos de buen oriente”. Sin detenerse mucho en estas islas “por la falta que tenemos de bastimentos”, siguieron su ruta al norte. Omitiendo en esta relación los nombres de los lugares que habían sido ya demarcados en la segunda expedición, se declara luego que llegaron a la isla de San Ildefonso, la última que en la ocasión anterior habían tocado. Los indios de esta isla hablaban una lengua diferente. Hoy sabemos que en esas latitudes vivían los laimones, diduis y cadegomeños, todos emparentados con el tronco cochimí de los yumanos peninsulares. Implícitamente Ortega había descubierto que en California había indios de parcialidades y lenguas muy distintas entre sí. Los que había encontrado en la bahía de San Bernabé, junto al cabo San Lucas, eran pericúes. Los que habitaban en las cercanías del puerto de La Paz, más tarde serían conocidos como “coras”. Había tenido también noticia de otros guaycuras enemigos de los anteriores. Y por fin establecía contacto con un grupo distinto perteneciente a la familia cochimí. Refiriéndose a sus costumbres, nota al menos que “son muy belicosos[...] Las armas son arco y flecha y dardos arrojadizos de madera dura[...]”

Avanzando luego más al norte descubren y bautizan la isla de la Tortuga, conocida hoy con este nombre. Hacen su demarcación y describen sus comederos de perlas. También en ella, como se hace constar, se obtuvieron algunas de muy buen género. Tocando en seguida las costas peninsulares, se nos dice que hay allí “tierra muy fértil de arboleda”. Los naturales

⁵⁸ *Ibid.*

todos andan en cueros, y aunque tienen balsas en que ellos navegan de tierra a las islas, no quisieron llegar a nosotros aunque los llamábamos. Antes ellos parecía, según los ademanes que hacían, que nos llamaban a tierra como que querían pelear. No saltamos en tierra, porque con la pérdida de la fragata se nos perdieron las armas y la pólvora.⁵⁹

Revelador del temple de estos aventureros es el último dato consignado: están desarmados pero continúan la exploración. Haciéndose de nuevo a la vela llegan a una bahía más al norte que llamaron de San Juan y poco después a la “punta de Caimán”. Aquí, como en casi todos los lugares anteriores, sale a su encuentro una multitud de indios. De entre ellos “bajaron a la playa seis indios embijados y emplumadas las cabezas, sin armas ningunas; desde allí nos hablaron. No les entendimos cosa; sólo decían que saltáramos en tierra. No lo hicimos por estar tanta multitud tan cerca, mostrándonos pescado, haciéndonos seña que nos lo darían”. El tema de la evangelización reaparece entonces. El jesuita padre Vega dijo misa en el barco para pedir a Dios que esta gente fuera pronto cristianizada.

De aquí salieron al que sería el punto más al norte que habrían de tocar. Primero fue la isla de San Sebastián, conocida hoy como de San Lorenzo, cercana al canal de Salsipuedes, y luego la costa de la tierra firme y otra isla más pequeña. También se consigna, muy al gusto de Ortega, que los indios vinieron a recibirlos. Interesante es la información de carácter etnográfico:

los indios llegaron a nosotros con harto miedo, echando tierra hacia arriba, que es señal de paz entre ellos; diferente nación de las demás que habíamos visto hasta allí[...]. Es tierra muy fría, que con ser fin de abril, no lo pudimos sufrir. Las indias de esta isla, todas las que vimos, estaban vestidas de cueros de venado y leones y a nosotros nos dieron algunos[...]

En la descripción hay un dato particularmente significativo. Estos indios “comen el maíz, y la demás comida no la quieren, y dan a entender por señas que lo hay tierra adentro[...].”⁶⁰ Tal información parece digna de valorarse en el contexto de lo que hasta hoy se conoce gracias a la arqueología y etnohistoria de la Baja California. En función de ellas sabemos que sólo en el extremo noreste de la península, entre los cucapás (yumanos), se practicaba ya la agricultura. Las señas de los indios vecinos de la isla de San Lorenzo, entendidas como afirmación de que “hay maíz tierra adentro”, plantean en consecuencia un posible problema: dicha

⁵⁹ *Ibid.*, p. 107.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 108-109.

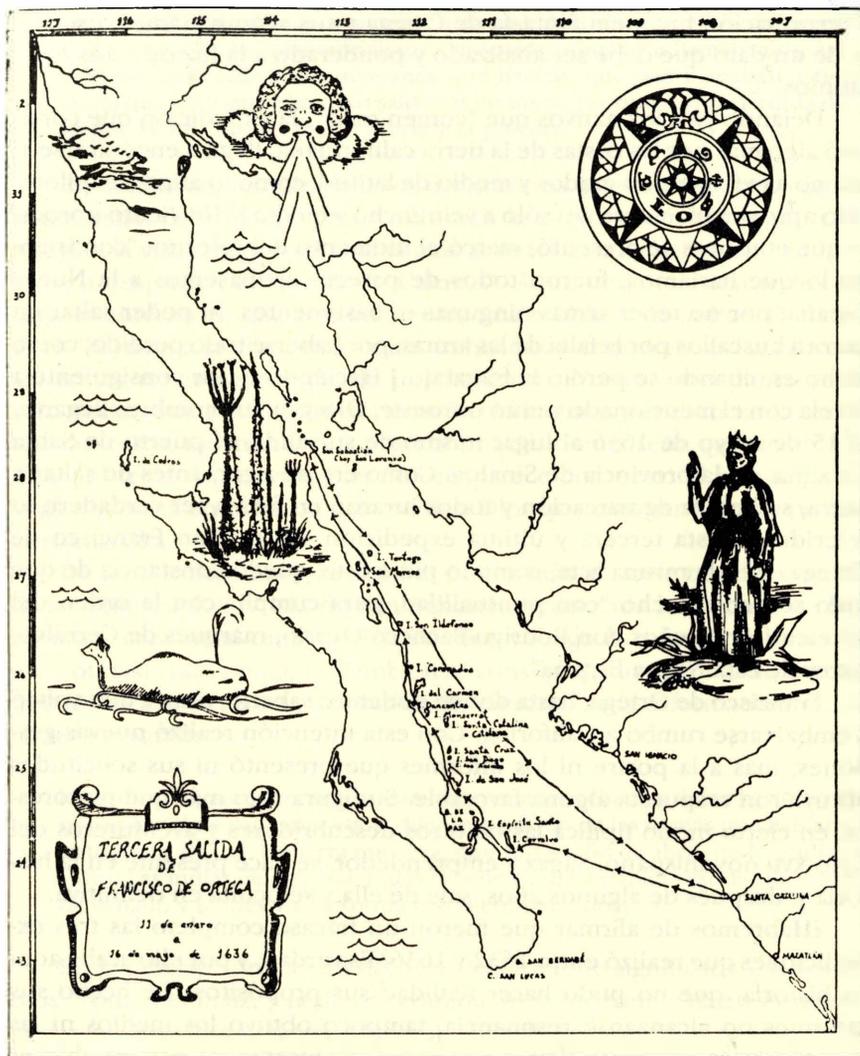
interpretación fue mera fantasía de Ortega y sus acompañantes o se trata de un dato que debe ser analizado y ponderado a la luz de otros testimonios.

Dejando ya a los nativos que “comen maíz”, la expedición que continuó algo más por las costas de la tierra californiana, llegó a encontrarse al fin, no a treinta y seis grados y medio de latitud, como lo afirmó el piloto, sino aproximadamente tan sólo a veintiocho y medio.⁶¹ Un viento noroeste que entonces se presentó, marcó el momento del retorno: “confiriendo lo que haríamos, fueron todos de parecer arribásemos a la Nueva España, por no tener armas ningunas ni bastimentos, ni poder saltar en tierra a buscarlos por la falta de las armas, por haberse todo perdido, como dicho es, cuando se perdió la fragata[...] Haciéndose por consiguiente a la vela con el mencionado viento noroeste, Ortega y sus hombres llegaron el 15 de mayo de 1636 al lugar mismo de su salida, el puerto de Santa Catalina, en la provincia de Sinaloa. Como era de rigor, antes de saltar a tierra, se leyó la demarcación y todos juraron en forma ser verdadero lo referido en esta tercera y última expedición del capitán Francisco de Ortega. Y en la misma acta, como lo pidió éste, quedó constancia de que todo se había hecho “con puntualidad, para cumplir con la orden del excelentísimo señor don Rodrigo Pacheco Osorio, marqués de Cerralvo, virrey de esta Nueva España”.

Francisco de Ortega, hasta donde podemos saberlo, nunca más volvió a embarcarse rumbo a California. Con esta intención realizó nuevas gestiones, mas a la postre ni los informes que presentó ni sus solicitudes obtuvieron respuesta alguna favorable. Su figura algo más que pintoresca, en cierto modo tipifica las de otros descubridores y aventureros del siglo XVII novohispano. Sagaz y emprendedor, se hace presente en la historia y, después de algunos años, sale de ella y se oculta en definitiva.

¿Habremos de afirmar que fueron un fracaso completo las tres expediciones que realizó entre 1632 y 1636? Es verdad, y por ello acaba aquí su historia, que no pudo hacer realidad sus propósitos. De hecho sus informes no alcanzaron resonancia, tampoco obtuvo los medios ni las licencias para colonizar alguna porción de California, ni para establecer allí las tantas veces mencionadas pesquerías. Y sin embargo sería injusto decir que sus viajes fueron del todo inútiles, desprovistos de cualquier significación. Algo positivo quedó de ellos. Veámoslo siquiera sea en resumen.

⁶¹ Como se sabe, eran entonces frecuentes los errores al medir la latitud, o como se decía, “al pesar el sol”. Mientras más al norte se navegaba, el error por exceso se acrecentaba. Confrontando los datos ofrecidos en estas relaciones con los actuales conocimientos sobre la geografía californiana, son casi obvias éstas y las otras rectificaciones que hemos señalado.



Pobre era Ortega, como escribía Carbonel; pero si le faltaba riqueza, le sobraba habilidad. Supo aprovechar la circunstancia del abandono en que había dejado su empresa el yerno de Vizcaíno. Como antiguo carpintero de ribera, y ayudado por algunos que luego lo acompañarían en su aventura, había podido terminar una fragata. Con el apoyo del padre Nava, en difíciles circunstancias, se había dado maña para obtener que el virrey De Cerralvo lo enviara en comisión con el fin de hacer demarcaciones y

allegar informes. Muestra de su ingenio y antecedente positivo fue la invención del artificio, primer batiscafo hecho en tierra mexicana, “para que pudieran ir una o dos personas dentro de él a cualquier cantidad de fondo, sin riesgo de ahogarse, aunque estuvieran bajo el agua diez o doce días”. Y ya de cuando estaba a punto de comenzar su exploración, tampoco puede pasarse por alto la perspicacia que mostró en sus relaciones con los jesuitas. Si éstos pensaban adentrarse algún día en California, los contactos con Ortega avivaron todavía más su apostólico interés. Al fin de cuentas don Francisco llevaría por vez primera un jesuita a la península, medio siglo antes que Kino y Salvatierra echaran las bases para su colonización definitiva. Todo esto fue preámbulo digno de tomarse en cuenta. Valoremos otras realizaciones positivas.

Antes de otra cosa están sus demarcaciones, con la descripción de los comederos de perlas, los sondeos y mediciones en ensenadas, bahías, puertos y a lo largo de litorales de la tierra firme y de las islas. Lo que aportó no parece despreciable en la larga serie de exploraciones en el golfo y la península a partir del siglo XVI. Igualmente deben tomarse en cuenta algunas de las recomendaciones que formuló. Especialmente aquellas en que sugería se mudara a California el presidio que existía en Acajoneta y se asignaran fondos para hacer posible en sus comienzos un primer centro de colonización en el puerto de La Paz.

Otro vestigio de la presencia de Ortega en California nos lo da la toponimia que conserva no pocos de los nombres con que él bautizó especialmente a algunas islas. Entre ellas están la de Cerralvo, nombrada así en honor del virrey, la del Espíritu Santo, las de San José, las Ánimas, San Diego, Santa Cruz, Monserrate, del Carmen, Danzantes, San Idelfonso, San Marcos y Tortuga.

Por otra parte, mucho más importante que el exiguo rescate de perlas que pudo lograr Ortega es el conjunto de noticias de contenido etnográfico incluidas en las relaciones de sus tres viajes. Y aunque como es obvio esta información hubo de ser muchas veces superficial y naturalmente no recabada ni expuesta de manera sistemática, hay en ella puntos que reflejan el perspicaz sentido de observación de don Francisco. Primeramente es de tomarse en cuenta lo que allí se dice sobre las diferencias lingüísticas de los grupos de nativos con los que se estableció contacto. Entre ellos estuvieron los pericúes de la región de cabo San Lucas y de varias islas, los coras, vecinos del puerto de La Paz y los otros guaycuras, sus enemigos, acerca de los cuales, por vez primera, se consigna su nombre en la relación.

Finalmente aparecen también, en tierras más septentrionales, parcialidades distintas que hoy sabemos pertenecían al tronco cochimí. Significativo es que, respecto de éstos últimos, se haya consignado que, a

diferencia de los nativos del sur, tenían noticia de que más al norte había cultivos de maíz.

Casi con excepción, cuando los indios les salen al encuentro, se describe lo que más ha llamado la atención de Ortega y de sus acompañantes. Queda así la pintura de sus balsas, de su escasa o nula indumentaria, al igual que de sus armas. Se nos dice si traen embijado el cuerpo, si viven en pequeños corrales hechos de piedra o si les han visto refugiados temporalmente en las cuevas. La amistad que llegó a tener Ortega con el cacique Bacarí de la región de La Paz permitió también conocer sus formas de hacer la guerra y el odio que tenían por los guaycuras. Párrafos dignos de valoración son aquellos en que se describen las ceremonias fúnebres que todos pudieron contemplar con motivo de la muerte del hijo del mencionado cacique. En muchas ocasiones se pondera además la afabilidad y buena disposición de los naturales, especialmente al tratar de su actitud con los padres Nava y Zúñiga y más tarde con el jesuita De la Vega. Para el conocimiento de las formas de vida de los antiguos californios hay ciertamente un impresionante cúmulo de noticias, intercaladas aquí y allá en las relaciones de no pocos navegantes y descubridores desde el siglo XVI. Dentro de esa larga serie, los informes de contenido implícitamente etnográfico reunidos por Francisco de Ortega, tienen también un lugar de no escaso interés. Por eso, igualmente desde este punto de vista, repetiremos que sería injusto calificar de inútiles sus exploraciones.

Y puesto que estamos enumerando lo que hubo de positivo en los viajes de Ortega, para concluir añadiremos que no debe olvidarse otro antecedente, mérito también suyo. Don Francisco, que había hecho su fragata en las costas de la Nueva Galicia, e inventado el artificio de su campana para exploraciones submarinas, fue también el primero en fabricar una embarcación en tierras de California. Con el “barco mastelero”, terminado en cuarenta y seis días después del naufragio, pudo continuar su expedición y llegar hasta los veintiocho grados y medio, antes de volver en definitiva a la tierra firme de Sinaloa.

La memoria de los viajes de este pintoresco y atrevido personaje ha de ligarse, como un capítulo más, a la poco conocida historia de la península californiana. Mucho en verdad queda por investigar acerca de ella. Dijimos al principio que, como un mito, California había nacido en las fábulas de los libros de caballerías. Ahora podemos añadir que en el siglo XVII prevalecían aún el misterio y la leyenda. La sola presencia del capitán y cabo Francisco de Ortega que, al embarcarse desde la primera vez, apareció “con su arcabuz, peto acerado, adarga, espada y daga”, parece confirmar lo dicho. El país californiano era y seguiría siendo por mucho tiempo escenario propicio para hazañas, aunque verdaderas, casi tan fantásticas como las de los amadises y espladianes.